¿Luchas o protestas?

Rolando d'Alessandro

EDITORIAL DESCONTROL

Rolando d'Alessandro
¿Luchas o protestas?
Barcelona 2019
1ª edición

Maquetación:
Descontrol Disseny

Edición:
Descontrol Editorial
editorial@descontrol.cat

Impreso en:
Descontrol Impremta
impremta@descontrol.cat

Distribuye:
Descontrol Distribució
distribució@descontrol.cat

ISBN: 978-84-17190-71-2
Deposito Legal: B 10538-2019

Reconocimiento – NoComercial (by–nc): Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga un uso comercial y se cite la fuente. Tampoco se puede utilitzar la obra original con finalidades comerciales.

¿LUCHAS O PROTESTAS?

Rolando d'Alessandro

EDITORIAL DESCONTROL

Prólogo

Estas reflexiones salen de un espacio que algunos neófitos de la vía electoral han definido de "irrelevancia política", es decir de la dimensión de las luchas de base, de calle, de la efervescencia de los movimientos. Es preocupante, fuera del lapidarismo pagado de sí mismo de este tipo de afirmaciones, la idea que llevan implícita, negadora de una evidencia llamativa: que sin el poso de experiencias antagonistas y propositivas fabricadas por el cuerpo social, no se producirían fenómenos como la irrupción de nuevas siglas en el panorama electoral, el clima de agitación social o las "concesiones" y "aperturas" de sectores del capital.

És una idea peligrosa la que en los movimientos populares sólo ve esterilidad, insignificancia o, como mucho, una función de estímulo para la "política de verdad", ya que difícilmente puede producir otra cosa que simples reformas de un envejecido edificio estatal.

Idea errónea, que infravalora y menosprecia la capacidad de amplios sectores del pueblo de este país de innovar y asumir retos, perpetuando así la espera, adormeciendo potenciales enormes de transformación, en definitiva empujando un pueblo que sabe organizarse a un resignado delegar.

La tarea de los movimientos sociales debería consistir justamente en superar, en su interior y en el conjunto del cuerpo social, esta resignación. Recuperando la confianza en nuestra fuerza e inteligencia. Reconociendo como primer paso, por nuestra parte, limitaciones y errores, identificando nuestros puntos débiles y contradicciones.

De razones, argumentos y principios tenemos para dar y -muy apropiado en un sistema de mercado- vender. Lo que nos falta es el puente, el camino, el canal, el vehículo que nos permita pasar de la defensa teórica de nuestros planteamientos a su implementación práctica. Que nos permita superar las barreras que el sistema establecido levanta ante cualquier intento de transformarlo, atacarlo, desestabilizarlo.

Es una limitación que se ha agravado últimamente ya que la cuestión del poder -que de eso se trata- se ha dejado simplemente de plantear. No se habla de contrapoder, no se habla de negación del poder, no se habla de superación o destrucción del poder. En nuestras manifestaciones, en la calle o en los (pocos) ámbitos de reflexión, el mecanismo, las dinámicas del poder, siempre aparecen como trasfondo, una agitación confusa de sujetos desdibujados: ahora multinacionales, ahora gobiernos, ahora organismos transnacionales.

Su articulación es profunda pero se nos escapa y entonces optamos por ignorarlos, haciendo como si no existieran, creando así la falsa, muy falsa sensación de que cambiar el mundo es una cuestión de voluntad y que si nos ponemos entre muchos lo podremos conseguir. No es así. En una lucha, una guerra (y estamos metidos en una guerra, con decenas de miles de muertos y heridos y destrucciones irreparables cada día en todo el planeta) no basta con cavar trincheras y denunciar las fechorías del enemigo

Esta falta de concreción en los métodos de análisis y actuación se traduce en una notable confusión a la hora de formular o definir prácticas de lucha y oposición. Y en medio de la confusión surgen, se difunden y se consolidan mistificaciones y simbolismos de todo tipo: la radicalidad termina asociándose con la pedrada o la molotov, el reformismo colaboracionista con cualquier contacto con instituciones, o bien la pedrada es vista como en esencia del mal y el contacto institucional como única "vía política". En fin, que acaba triunfando la simplificación sectaria, capaz de anular a la práctica la operatividad de un movimiento enorme que se define como diverso y que hace de esta diversidad su bandera.

Tal vez haya llegado el momento de trasladar el discurso sobre la diversidad en el terreno del enfrentamiento con el sistema, enfrentamiento necesario si

queremos cambiar realmente este mundo. Diversidad de luchas, multiplicidad de objetivos, pluralidad de formas para emprender el camino que lleva a la rotura real del *statu quo*.

Política entendida como participación activa y consciente en la vida pública. Como acción individual y colectiva dirigida a cambiar un estado de cosas injusto e insostenible.

Vivimos ya desde hace unos años instalados en un proceso de transformación que medios y poderes diversos llaman crisis y que no es más que un cambio de piel del ya viejo sistema capitalista.

Es un proceso que barre certezas y seguridades, dejando en la cuneta de la precariedad (laboral, social, existencial) segmentos cada vez más amplios de población.

El pueblo, las clases trabajadoras, el proletariado... la gente, vaya, se da cuenta enseguida de que detrás de la nueva batería de eufemismos esparcidos por la artillería ministerial-mediática (deuda soberana, ajustes estructurales, reducción del gasto público, reforma laboral, mejora de la competitividad), avanzan como una división de pánzer unos desconocidos mercados que se tragan, como en la popular novela *Momo*, todos aquellos derechos -más bien escuálidos en este

país- que configuraban el pomposamente llamado estado del bienestar.

Se da cuenta y reacciona, que por mucho que lo piensen los de arriba, la plebe tampoco es un rebaño tan inculto y pasivo, y cuando se le toca la fibra, vía drástica reducción de su calidad - si no directamente esperanza de vida, se arremanga y actúa.

Y lo primero que hace, lógicamente, es reunirse en los espacios comunes: plazas y calles, para medir y mostrar su indignación y para encontrar colectivamente las soluciones más eficaces.

Comienza así un nuevo ciclo de movilizaciones populares de un alcance que no se daba desde hacía décadas. El 15M, las huelgas generales, las luchas por la vivienda y la PAH, el proceso independentista en Cataluña, las mareas para la sanidad, la educación. Por ciudades y barrios brotan movimientos contra la pobreza energética y la pobreza a secas. Proliferan plataformas en respuesta a la lluvia de agresiones policiales, patronales, patriarcales, ecologicidas. Salen como setas asociaciones de afectados: por la banca, las incineradoras, las eléctricas, las farmacéuticas.

En definitiva una respuesta masiva y magmática. Pero... ¿también coherente e incisiva?

De la revolución a...

Hubo un tiempo, hace muchos, muchos años, en los que se hablaba de revolución. Así, tal cual, sin añadidos tales como "de la moda", "deportiva", "en el mundo del automóvil", "digital". Por revolución se entendía un cambio radical del sistema que regulaba las relaciones sociales. Cambio que según sus partidarios (los revolucionarios) debía llevar a la humanidad a una especie de edén de justicia social, de equilibrio con el entorno, y de hermandad. Un cambio que borraría la dominación de una clase sobre las otras, de un género sobre otros, de unas naciones sobre las demás y de la economía capitalista sobre todo.

Cabe decir que de revolucionarios había de muchas clases y que no faltaban los que bregaban para imponer su punto de vista sobre el camino a seguir para conseguir el codiciado mundo mejor también a golpes de prisiones o de barras de hierro. De hecho se había llegado a generalizar la idea de considerar la propia organización como depositaria de la verdad única, en abierta competencia o tácita colaboración con los titulares históricos de las verdades absolutas, como las religiones y sus representantes.

El clima de disputa continua que resultó fue al mismo tiempo uno de los síntomas y causa del colapso del modelo partido-revolucionario, que quedó encajado en reductos de militancia bastante limitados, dejando paso a lo que se llamó "movimientos". Desde el principio los hubo grandes (ecologismo, feminismo), medios (antimilitarismo, pacifismo, derechos humanos) y pequeños (vecinales, etc.) que cohabitaban con los más viejos: cooperativismo o sindicalismo.

Fuimos muchos los que respiramos aliviados por este cambio de rumbo en la forma de hacer política. Sin verticismos, sin instituciones que te representaban. Triunfaban la diversidad y la complejidad de la vida. Decíamos.

Pero, con el agua sucia (burocracias y visiones únicas y uniformizadoras) también fueron a parar a las cloacas de la historia las visiones de conjunto, las culturas políticas creadoras de estrategias de oposición al capitalismo, los conocimientos acumulados durante generaciones. Y también gran parte de los sueños y las utopías que nutrían el imaginario de la activista o el militante revolucionario.

Y poco a poco la diversidad de voces se mutó en cacofonía. Las actuaciones corales dejaron lugar a las improvisaciones de casi-solistas. La defensa frente al poder se parceló. La solidaridad se convirtió en consigna. Palabras como clase o proletariado, que poco o mucho habían servido para construir una idea de sujeto colectivo, se convertían en reliquias de lenguajes "vetero-algo", por lo que un "nosotros" pronunciado en las asambleas de las plazas ya no evocaba sentimientos de comunidad, sino que más bien suscitaba dudas y elucubraciones.

En fin, al igual que matamos dios para convertirnos en dioses, matamos las organizaciones amas de la verdad para convertirnos en dueños de la verdad. Que empezamos a producir en abundancia.

Un energúmeno de la especie llamada "tertulianos" afirmó un día que las protestas de los indignados no eran propositivas, no aportaban soluciones. Si hubiera hecho falta, ésta habría sido la prueba definitiva de la absoluta imbecilidad del sujeto en cuestión, digno representante de su categoría (no menciono el nombre simplemente porque no lo recuerdo): nunca en la vida había visto concentradas en tan poco espacio

y tiempo tantas propuestas, tantas prescripciones y tantas soluciones como en las manifestaciones de indignados.

Había que lo hacían pasar todo por la apertura de las fronteras, otros por la independencia de Cataluña, otros aún por la superación de cualquier distinción de género, algunos por la nacionalización de la banca. Estaban los pacifistas, los decrecentistas, los partidarios de la lactancia materna, los antirepresivos, los animalistas, los budistas y un etcétera que desglosado implicaría un derroche injustificado de papel. Los sectores políticos clásicos estaban desconcertados: los libertarios se lo miraban por encima del hombro, los comunistas con desconfianza, los trotskistas iban de culo haciendo entrismo[1] a diestro y siniestro y sin dar al alcance, los autónomos negrianos[2] iban encajando con calzador todas las manifestaciones del movimiento dentro de sus hilarantes parámetros interpretativos[3].

1.- Actividad que les encanta: consiste en entrar en cualquier movida para poder ejercer su benéfica influencia revolucionaria. Para algunos es parasitismo, para ellos es simbiosis.

2.- Pequeña secta de intelectuales que hacia referencia a Toni Negri de antes que comience a desvariar.

3.- Especialmente divertida va ser la lectura del desalojo de la Puerta del Sol (barrida por un dispositivo muy nutrido de anti-disturbios) como movimiento astuto de guerrilla de masa.

En fin, un *guirigay*, no nos engañemos. Pero con unos elementos ciertamente innovadores y de un gran potencial, como la reivindicación de formas directas de democracia que, sumada a la identificación sin matices del capitalismo como causa del problema, abría paso a una serie de confluencias a veces inéditas.

Hijos de su época, es decir del mensaje que debe condensarse en 140 caracteres, como en el twitter, los indignados cayeron en la trampa de la simplificación.

Y a mucha gente le pareció una excelente idea terminar con la inflación competitiva de sujetos revolucionarios que había inquietado las izquierdas transformadoras de las últimas décadas (que si los inmigrantes, que si las mujeres, que si las mujeres inmigrantes, que si el *general intellect*, que si la clase obrera china, que si los niños de las barriadas, que si el campesinado) con un lapidario "somos el 99%".

99% es mucho más de lo que pueda haber representado en ningún momento o periodo revolucionario el pueblo, o el proletariado, o la clase obrera. Y te permite resolver de una vez por todas varios problemas que los movimientos revolucionarios siempre han considerado de importancia capital: la identificación y neutralización de los enemigos, la definición de políticas de alianzas, el análisis de la composición de clase de una sociedad y su colocación en el contexto internacional, el estudio de las estructuras institucionales y culturales creadoras de hegemonía, etcétera.

Basta de complicaciones! Si somos el 99%, los otros son el 1%, o sea una mierda pinchada en un palo, por mucha riqueza que controlen. Prácticamente bastaría un soplo colectivo para hacerlos volar por los aires... Bastaría con encontrar las palabras mágicas, estilo "magia potagia". Como ¡"*casta*"! Como ¡"corrupción"! Como ¡"La banca (o España) nos roba"! que repetidas convenientemente como mantras debilitan al enemigo y nos refuerzan, nosotros, que ya somos híper fuertes ¡porque somos el 99%!

Quedaba, claro, el detalle del "cómo". Y aquí la cosa se empezó a torcer. Nos manifestamos: no nos hacen ni caso; re-manifestamos: nos multan; ocupamos las plazas: nos echan a cachetes; rodeamos los parlamentos: nos hinchan a hostias y nos acusan de terrorismo; hacemos escraches: nos acusan de terrorismo; ocupamos tierras y viviendas: no nos acusan de terrorismo sino de okupas que ya es bastante feo; hacemos expropiaciones de productos de primera necesidad en supermercados que especulan con el trabajo de sus asalariados y el hambre de la gente: venga más acusaciones de terrorismo.

Y llega el momento en que tantos piños, multas, detenciones y denuncias hacen que te canses y decidas que más vale cambiar de ruta y encontrar maneras más efectivas y menos dolorosas y costosas para hacer escuchar tus quejas y demandas.

Y así pasamos del grito "nadie nos representa" a una avalancha sin precedentes de candidaturas cívicas, partidos, líderes, organizaciones, plataformas y alianzas que, mediante las urnas, se postulan para representar la ciudadanía y en particular aquella que no quería que nadie la representara. En otras palabras: gran parte de los movimientos descubre la existencia de

¡Qué invento la democracia! Te manifiestas, te movilizas, haces un poco de bullicio y ya puedes pasar a la mesa... electoral. Y con la papeleta/varita mágica te preparas a hacer prodigios, como hacer nacer un estado catalán separado del español, hacer desaparecer los políticos inútiles y ladrones, obligar a pagar impuestos a los ricos, dar trabajo y un sueldo digno –no necesariamente al mismo tiempo ni en este orden– a los pobres, tocar los cataplines a las multinacionales, eliminar la corrupción, hacer que las televisiones, las radios y los periódicos digan la verdad, que los policías se vuelvan amables y te ayuden a cambiar las ruedas pinchadas de coches y bicicletas. Y finalmente, tú, ciudadano, dueño de las instituciones (a través, eso sí, de representantes, pero que son como tú, aunque más jóvenes, listos, preparados e inteligentes) harás triunfar los valores de progreso y equidad social.

Confianza mesiánica en las urnas y la arquitectura institucional, vista, aunque sea de forma implícita, como una especie de herramienta neutra, un edificio sin muebles, que puede hacer una u otra función dependiendo del usuario o inquilino.

Y no: en un sistema como el capitalista (o cualquier otro, de hecho) toda institución destinada a estructurar, organizar el conjunto de la sociedad, está adaptada y es funcional al mantenimiento y reproducción del sistema mismo. La formulación de Lamarck, padre de la teoría de la evolución, "La necesidad crea el órgano" es perfectamente aplicable al campo de las mal llamadas ciencias sociales...

Reformismo y regeneracionismo

Admito que desde pequeño me gustaba más desmontar los juguetes que arreglarlos, sin embargo, dejando de lado esta inclinación natural mía, considero que sólo partidarios acríticos del capitalismo puedan pensarlo como un sistema regenerable, ya que se trata de un invento que en un plis plas (un par de siglos escasos) nos ha permitido, es cierto, visitar la Luna y disfrutar de los smartphones, pero también ha llevado la tierra entera al punto de colapso.

Parece una obviedad, pero hay gente que no duda en afirmar que gracias a los avances tecnológicos la gente vive más y mejor y que los niños no pasan hambre. Olvidando que el papel de masas hambrientas, enfermas, torturadas, oprimidas y asesinadas lo continúan representando, y a una escala nunca vista, las dos terceras partes de la humanidad.

Entre las décadas de los 70 y los 80 las izquierdas entraron, directa o indirectamente, en los gobiernos de muchos países europeos. Lo hicieron al terminarse un ciclo de fuertes tensiones sociales y políticas. Y se encargaron de liquidar los focos de resistencia que quedaban, al tiempo que garantizaban que el capital acabara con calma y serenidad una de sus transfor-

maciones: el paso del modelo de producción fordista al post fordista[4].

Entonces los Estados tenían todavía un discreto margen decisorio en el campo de la economía, ya que ejercían un control directo sobre sus sectores estratégicos: la energía, el transporte, las comunicaciones y buena parte de la industria pesada, además de la potestad de fabricar moneda y regular los flujos financieros.

Nada que ver con la actualidad, donde la alternativa que se le presenta a cualquier gobierno de cualquier estado de nuestra pequeña y arrogante Europa queda entre mendigar préstamos a unos usureros, que acaban controlando incluso el consumo de papel higiénico en las escuelas, o cobrarle impuestos a unas clases que siempre han considerado insana esta costumbre y que tienen una gran facilidad migratoria.

4.- Fordismo es el modelo productivo introducido por Henry Ford a principios del siglo XX, creador del consumo de masa. Se establece como modelo hegemonico de organización del trabajo, influyendo en las formas de socialización y de sistema político. En las relaciones sociales cobra protagonismo el dinero, la jeraquización del trabajo, la industrialización y una burocracia especializada. El Postfordismo ve en cambio el ascenso de las pimes, la flexibilización de la producción y de las empresas descentralizadas, en red, que subcontratan fases productivas y que necesitan una nueva tipologia de trabajador, polivalente y multifuncional, precario y mal pagado.[Wikipedia]

En este país las izquierdas entrecomilladas, una vez al gobierno vía Felipe González y amigos, inmediatamente pusieron manos a la obra de reforma de un aparato estatal algo anquilosado por 40 años de franquismo. Y una de sus primeras medidas fue la de las privatizaciones. Sí, ya me dirán que la mayoría se hizo más tarde con los gobiernos de derechas... pero que encontraron el camino libre gracias a la actuación desacomplejada de sus predecesores, creadores de un marco legal adecuado y que también se habían encargado de convencer a la opinión pública de la necesidad de venderlo todo.

En países más civilizados como Uruguay, en ese mismo período, se puso a referéndum el tema de la cesión a manos privadas de empresas, servicios y recursos que eran de titularidad pública. Y la gente dijo que no, que ni de broma pensaba renunciar por cuatro duros al patrimonio acumulado por generaciones de trabajadores del país.

En España la nueva clase de jóvenes políticos socialistas optó por enviar la guardia civil a explicar las urgencias de la reconversión industrial a los obreros de las plantas siderúrgicas, a los mineros y en general a quien se oponía a los aires de cambio que soplaban con fuerza en todo el continente. Y a golpes de decretos y de porras y de un bombardeo mediático sin

precedente comenzaron la venta del país a un grupo de nuevos amigos.

En su estrategia liquidadora jugaron un papel importante las huestes periodísticas. ¿Quién no recuerda las argumentaciones, reiteradas hasta la saturación, sobre las ineficiencias del sector público? Los trenes no llegaban a la hora, el teléfono era demasiado caro, el suministro de luz y de agua caía a menudo, las carreteras no estaban bien asfaltadas, las empresas estatales no eran competitivas. En fin, un desmadre que sólo podía arreglarse traspasando todo al sector privado. Porque, ya se sabe, los empresarios son mucho más listos que los funcionarios y el mercado se rige por lógica y racionalidad y no por las misteriosas inercias que anidan en todo aparato burocrático.

El ciudadano -por si fuera poco- dejaría de ser aquel pobre individuo, destinatario de un eterno "vuelva usted mañana" en la presentación de cualquier queja, y se convertiría a todos los efectos en un "cliente" que, como también es bien sabido, siempre tiene la razón. Un "cliente" que podría escoger entre multitud de suministradores que se harían competencia para ofrecerle productos/servicios cada vez más económicos y de mayor calidad. Y, como guinda en el pastel, toda la operación también dejaría un buen pellizco de dinero líquido a las arcas del estado, que se lo podría

gastar en sus cosas, como comprar aviones militares o hacer aeropuertos.

No recuerdo, fuera de algunas revistas alternativas y algún columnista algo díscolo, ningún periódico, programa televisivo, informativo radiofónico que hablara de escándalo, robo, que alertara sobre lo que ya estaba pasando en países que habían avanzado por este camino.

Muy al contrario, desde periódicos, revistas, radios y televisiones una legión compacta de periodistas, informadores, opinionistas y tertulianos esparció como en un bombardeo por saturación el temario privatizador hasta los últimos rincones de nuestra sociedad.

Toda aquella gente, durante la revolución cultural en China, habría acabado en campos de reeducación o en medio de la plaza de cada pueblo con un sombrero con orejas de burro y un cartel colgándole del cuello con escrito "mentiroso a sueldo", "voz de mi amo", y leyendo en voz alta listas interminables de datos demostrativos de la falacia y falsedad de sus previsiones y análisis. Aquí en cambio, después de disfrutar todos estos años de vidas acomodadas y carreras de prestigio inversamente proporcional a sus valías personales y profesionales, muchos de estos individuos siguen impertérritos promoviendo la liquidación de los últimos muebles y joyas de familia: la lotería, AENA, los

faros... lo que quede, a precio de saldo y ahora con el argumento añadido de la falta de *cash*, tan necesario en época de crisis y para pagar la "deuda".

Y por mucho que pueda parecer inaudito... "cola". Ya llevamos décadas sufriendo las consecuencias de aquellas primeras y decisivas operaciones de traspaso de bienes públicos a los mercados, las telefónicas encabezan el ranking de denuncias y quejas por servicios carísimos y maltrato continuado al pobre usuario, perseguido con mensajes de texto y de voz a cualquier hora del día y de la noche, cada vez más familias se lo piensan tres veces antes de encender la luz, abrir el grifo, cocinar con gas en el vano intento de evitar que les caigan facturotas cargadas de conceptos estrafalarios. Los trenes siguen llegando tarde, sobre todo los más utilizados, los de cercanías; pero para compensar las reducciones de plantillas ahora van patrullados, como las estaciones, por multitud de guardias jurados con caras de pocos amigos. En cada temporal poblaciones enteras se quedan sin electricidad. Las petroleras se ponen de acuerdo para hacernos pagar el máximo por cada gota de gasolina o suspiro de gas. Y no hablemos del sistema bancario, que ya nos estafa en estéreo: directamente como clientes e indirectamente como contribuyentes que deben aflojar el dinero de reiterados "rescates". Las empresas industriales traspasadas al capital privado, una vez saneadas con fondos públicos, hace tiempo que han cerrado o han sido

deslocalizadas, también en estéreo: la producción a algún país con mano de obra semi esclava y el dinero hacia algún paraíso fiscal.

Un observador alienígena seguro buscaría en las hemerotecas declaraciones, justificaciones, excusas. Alguna entrevista donde el ex presidente Felipe González diera explicaciones sobre los efectos de su estrategia privatizadora. Se quedaría con un palmo de narices. Aquí nadie se responsabiliza de nada...

Cabe decir que para la gente de movimiento en general, socialdemocracia, ya a principios de los años 80, era un insulto que no necesitaba mucha explicación, actor político adecuado para servir a los intereses de patronales y multinacionales. Pero prensa y partidos nos tildaban de radicales, de gente que afirmaba cosas sin tener ninguna prueba[5].

Hoy, que de pruebas tenemos a montones, que en las pruebas nos estamos ahogando, que mires hacia donde mires no ves más que pruebas de sus traiciones e incompetencias y engaños, sigue habiendo personajes que, con total desprecio de las evidencias y absoluta impunidad, afirman que las "reformas" son la única manera de acercarnos a un cambio real de la sociedad,

5.- Era frecuente, por ejemplo, que "entendidos" y "expertos" de todo tipo se rieran en la cara cuando hablabas de "agujero en la capa de ozono".

pasito a pasito. En fin, que los socialdemócratas, en lugar de entonar el mea culpa, cubrirse la cabeza con cenizas y retirarse en alguna ermita en lo alto de una montaña, sacan pecho y afirman tener la solución.

Y, junto a los irreductibles que se niegan a aceptar la posibilidad de una previsible y deseable debacle electoral de su partido clásico, el PSOE, asistimos a la trashumancia de una multitud de tránsfugas y epígonos de los compromisos históricos, de la transacción, del eurocomunismo, cargando con sus bártulos hacia las nuevas tierras prometidas de las candidaturas regeneracionistas.

Es un fenómeno sociopolítico interesante, por dimensiones y por las consecuencias que puede tener en este tipo de segunda transición que estamos viviendo.

Se trata de gente que proviene de aparatos (de partidos o entornos clientelares) que no es que hayan hecho cosas buenas y otras malas en las diversas experiencias de gobierno, sino que cuando han hecho cosas "buenas" ha sido sólo para apaciguar o contener exigencias sociales, a menudo con el objetivo estratégico de neutralizar cualquier forma de empoderamiento popular y aprovechar, en términos electorales y de auto perpetuación en puestos de poder, patrimonios de luchas sociales.

Pienso, por ejemplo, en las políticas que llevaron a la creación de los centros cívicos o de las radios municipales en Cataluña, actuaciones "ilustradas" que en realidad sustraían a sus protagonistas (vecindario que ocupaba espacios y edificios contra la especulación o colectivos de radios libres), los resultados de sus luchas.

O bien en las cortinas de humo "progresista" que una y otra vez los diversos gobiernos socialistas levantaban para ocultar sus prácticas de sumisión al capital: por un lado matrimonio gay, aborto, cuatro *peonadas* en Andalucía, alguna mejora en la sanidad o, más barato aún, declaraciones de principio sobre escuela laica o memoria histórica.

Mientras con una mano esparcían perfumes de izquierda, con la otra iban colocando uno tras otro los ladrillos del actual edificio neoliberal: reforma de la constitución (aquella que prioriza el pago de la deuda 'soberana' por encima de cualquier otro deber del estado con el pueblo), privatizaciones, entrada en la OTAN, ley Boyer y promoción de la burbuja inmobiliaria, liquidación de infraestructuras públicas, desmantelamiento del sector siderúrgico, desregulación del sector bancario, consolidación de la monarquía, ley Corcuera (o "*de la patada en la puerta*"), creación de los GAL y de la guerra sucia con atentados, secues-

tros, torturas y asesinatos, condecoración del general Galindo.

Esta gente desacomplejada lleva con ella una "*expertise*" en marketing electoral que se puede sintetizar en la consigna "vótame a mí porqué los demás son peores". No parece gran cosa pero funciona de maravilla.

El trato tolerante que a esta casta de liquidadores de la lucha de clase se le dispensa desde los protagonistas de las nuevas apuestas electorales no es ningún detalle menor y se enmarca en un proceso de involución que ha llevado generaciones enteras de críticos de los verticalismos partidistas, y partidarios de la implicación activa de la ciudadanía en la gestión de la res pública, a transmutarse en direcciones de partidos jerárquicos y defensores de una participación activa de la ciudadanía sí, pero en el papel de claca, sobre todo en períodos pre-electorales.

Esta transición desde el reformismo de los partidos tradicionales de izquierda, encargados de asegurar el equilibrio político-institucional del sistema vía bipartidismo o fórmulas varias de alternancia/cooperación con las formaciones de la derecha, al actual populismo regeneracionista, es la respuesta necesaria a la manifiesta insuficiencia de las clásicas operaciones de maquillaje a las que se suele someter periódicamente todo sistema de dominación. A partir de cierta edad, cuando la decrepitud avanza, se impone la cirugía: liftings, reconstrucciones, liposucciones, trasplantes para que, al menos por unos añitos más, el conjunto vaya manteniendo cierta apariencia y decoro.

Es un proceso que se está viviendo en varios países y con características muy similares, a pesar de las lógicas diferencias debidas a las culturas y climatologías locales.

Italia, cuna europea de imperialismos, catolicismo y fascismos (y de sus correspondientes oposiciones) abrió camino con el Movimento 5 Stelle de Beppe Grillo.

Que tuvo gran éxito con la construcción de un discurso capaz de conectar con la indignación y los miedos de gran parte de la población, y en especial de las clases medias empobrecidas o bajo la amenaza de pérdida de privilegios o derechos.

El mecanismo es relativamente simple: se identifica un enemigo con la "casta" y en menor medida con la clase capitalista especulativa, nacional e internacional, se señala la corrupción y los "excesos" de los sujetos mencionados como responsables del malestar difundido, y finalmente se proponen como alternativa y solución programas cargados de propuestas de sentido común o de moralización de la vida política que alimentan estrategias electorales destinadas a modificar la composición del tablero institucional.

Finalmente la nueva clase de políticos honestos, preparados y en general jóvenes, con el apoyo y la participación de una ciudadanía contagiada por su entusiasmo, saneará el sistema proporcionando una redistribución más equitativa de la riqueza, una organización más sensata de la economía.

...Y luego llegan la gestión de la miseria, las contradicciones y las operaciones de "balones fuera" con el corolario inevitable de desencanto, desmovilización y resignación.

En el país España adquiere, en este proceso, especial relevancia un juvenilismo exacerbado, una de las muchas secuelas dejadas por la larga noche franquista, con la desaparición física primero, y simbólica y psicológica después, de generaciones enteras de intelectuales progresistas, cuadros y militantes de izquierda, activistas de la cultura y el arte o de organizaciones sociales. La guerra civil y el franquismo llevaron a cabo durante 40 años un auténtico genocidio político y cultural, rompiendo los hilos de continuidad de memorias, el traspaso de experiencias y conocimientos. Una rotura consolidada con los más de 30 años de transición, que hace que cada nueva generación en lucha tenga la sensación de tener que recomenzar de cero.

Este fenómeno se ha injertado con la afirmación del imperio de la imagen, elemento vertebrador de la sociedad de consumo, individualista, competitiva, donde "perdedor" es un insulto y "ambición" es una cualidad. Y también ha ido acompañado por la difusión de las nuevas tecnologías y la consiguiente necesidad de contar con las habilidades necesarias para su uso, con la apertura de múltiples grietas generacionales.

El resultado de todo ello es que las luchas de los padres y de los abuelos son vistas como temas para tesis y tesinas, argumentos para congresos, materiales para exposiciones. Que en los movimientos la gente de más

de 50/60 años se organice aparte (los *yayo flautas)*. Que un *cuarentón* que aspira a ser diputado escriba en las redes sociales que hay que tener muy en cuenta la gente de más de 60 años porque... hay mucha y vota. Y muchos más ejemplos en un crescendo desolador.

Si en definitiva la idea es aprovechar una corriente de opinión para entrar en las instituciones y cambiar las cosas desde allí, se necesita, como todo el mundo y como siempre, una organización y una estrategia.

Y aquí la nueva política comienza a acercarse peligrosamente a la vieja. Las inercias y los mismos requerimientos del juego institucional/electoral obligan a una rebaja de las propuestas iniciales de democracia directa y de implicación activa de los tejidos movimentista. Los tiempos y los ritmos de las burocracias, los pactos, del espectáculo mediático, relegan a un segundo plano las prácticas asamblearias e imponen el principio de delegación como más operativo.

Vuelve a aparecer la práctica del centralismo democrático, aunque las cúpulas ahora no se apoyen sobre un aparato piramidal bien atado e interconectado (el partido) sino en estructuras más difuminadas (los "*Gruppi di amici di Beppe Grillo*" o los "*círculos*" de Podemos) y sobre todo en mecanismos de legitimación directa por parte de bases individualizadas (con las votaciones *online*, las asambleas multitudinarias de barrio).

En esta nueva hornada de electoralistas vuelve a tener una relevancia fundamental la figura de los líderes. Otro punto de conexión, por cierto, con la "vieja política".

Recuerdo que, hace años, se celebró un congreso del PSOE donde el informe del secretario general recogió el 98% de los votos de los asistentes. El cronista no decía nada del 2% restante: debían ser los ausentes por imperativo fisiológico. Los días siguientes los periódicos y las tertulias iban llenos de alabanzas a la unidad del partido, al liderazgo carismático de su dirección.

No me extrañó, en ese caso, tanta valoración positiva: al fin y al cabo el PSOE era y es un híbrido entre partido/lobby americano y soviet supremo. Que promoviera el culto a la personalidad como la *Pravda* de la era estalinista, como el No-Do franquista, como el cine nazi o la radio fascista entraba dentro de la lógica de las cosas del poder.

Fuera de este ámbito las palabras líder, carisma y derivados me provocan alergia y, de hecho, más de una vez a lo largo de mi trayectoria militante las he utilizado como casi-insulto en debates acalorados.

Hasta que, hace poco, una compañera de una de aquellas instituciones que se dedican a estudiarnos

(los movimientos sociales) como si fuéramos una intrigante y poco conocida especie, salió en una reunión con la expresión "líderes naturales", refiriéndose al puñado de personajes que tenían, a su entender, un papel clave en las movilizaciones barcelonesas.

'Sí que estamos mal', pensé, 'si la gente que se dedica a estudiarnos y en etiquetarnos encuentra que nos calzan definiciones que siempre había asociado a las figuras del Duce o del Caudillo'.

Y como la cosa me preocupó seguí pensando, a pesar de saber que se trata de una actividad que a los cinco minutos suele provocarme migraña. Y las conclusiones no me gustaron.

Porque me di cuenta a qué se refería, la mujer, que bajo la etiqueta amontonaba gente inteligente, generosa, esforzada, valiente junto a unos cuantos impresentables de egos hipertrofiados y cultivadores de amistades interesadas y pequeñas parcelas de poder. Me di cuenta que lo que yo había interpretado como funcionamiento asambleario, es decir aquel donde se decide y actúa entre iguales, para otros ocultaba dinámicas de control y dirección de unos cuantos sobre el resto.

Para alguien como yo, que se formó políticamente entre direcciones, comités centrales y centralismos de-

mocráticos, no debía ser un descubrimiento muy aterrador, pero tengo que admitir que me afectó. Vaya, ahora resultaba que había unos cuantos dirigentes que decidían tácticas y estrategias y sin asumir responsabilidad, porque formalmente los acuerdos siempre eran tomados por ¡consenso y colectivamente!

Ninguno de ellos, es cierto, aspiraba a hacerse rico explotando niños de países exóticos, pero sí que los había que sentían la fascinación erótica del papel de mandón, que se esforzaban por ser representantes o figuras destacadas. Y que de la frecuentación de las dimensiones de lucha hacían trampolines para carreras personales a nivel profesional, académico y político.

Hoy esta realidad, que se guardaba entre los no-dichos de un activismo que se enfrentaba a problemas y retos de otra gravedad, nos ha estallado en la cara con el espectáculo -nunca mejor dicho- de construcción mediática de personajes que reciben un apoyo popular digno de competiciones deportivas, presentados como salvadores de la patria, soportados por estructuras organizativas donde el control ya no corresponde a un cuerpo de funcionarios fidelizados, como en los sindicatos o los viejos partidos, sino a una masa de individuos atraídos por un relato vehiculado por la pequeña pantalla o las redes sociales.

Vuelven liturgias que creía enterradas en las alcantarillas de nuestra historia, con multitudes que aclaman el jefe en medio de escenarios prefabricados, y las referencias a "nuevas" formas de hacer política se convierten en letanías finalizadas a la definición de imágenes de marca fuertes y diferenciadas en el supermercado electoral.

Se sacan del baúl de los recuerdos revolucionarios conceptos como el de hegemonía de Gramsci[6], convertido en manual de auto ayuda para diseñadores de campañas de marketing, así como su "Príncipe" se convierte en una Guía de montaje de un partido.

Una política hecha por una vanguardia de gente "preparada", "expertos", "los que saben" es plasmada en mensajes simples, que el pueblo pueda entender. Y así toda la complejidad de reflexiones sobre sujetos, fases históricas, alianzas de clase, rol y naturaleza del intelectual orgánico, acceso y uso de los canales de

6.- Fundador a principios de los años 20 del siglo XIX del Partido Comunista Italiano, juntamente con Amadeo Bordiga y una pandilla de colegas. La distancia entre su pensamiento y su práctica (paso media vida en las prisiones fascistas) con las políticas que sobretodo a partir de los años 50-60 emprendió la organización que había creado se puede sintetizar en estos intercambios de eslóganes, que se producía en las manifestaciones de los años 70 donde coincidían militantes del PCI y de los movimientos sociales: "Viva il grande partito comunista di Gramsci, Togliatti, Longo e Berlinguer" gritaban los primeros "che cazzo c'entra il primo con gli altri tre?" Preguntaban los segundos...

difusión se aparta cuidadosamente del discurso público para quedarse en espacios definidos y cerrados: aulas universitarias, libros cubiertos por *copyright* o reuniones de sabios.

Como en *1984* de Orwell, donde el edificio que albergaba las torturas y asesinatos de opositores se llamaba "Ministerio del amor", los nuevos partidos colaboran activamente en la perversión del lenguaje.

Participación

Hace mucho tiempo que esta palabra adereza las recetas de las izquierdas institucionales, al gobierno y en la oposición. Pretendida respuesta a los anhelos de cambio, deja intacta la arquitectura de los espacios decisorios del estado capitalista, pero introduce la posibilidad de modificar la decoración. La idea del invento es que, ya que en el último par de siglos la forma estado casi no ha sido modificada, mientras la sociedad se ha transformado radicalmente, para mantener su esencia hay que introducir retoques y embellecimientos.

Y la herramienta elegida para ello es la participación, entendida obviamente como información y consulta de la ciudadanía sobre asuntos en general irrelevantes, pero que la entretienen, le dan la sensación de ser importante y, sobre todo, permiten a quien gobierna envolverse en la bandera de consensos reforzados restregándosela por los morros a posibles críticos y opositores.

Se multiplican así espacios de participación en ciudades y barrios, siempre siguiendo el mismo guion: vecindario, organizaciones sociales presentan informes, enmiendas, alegaciones y propuestas, en general trabajadas y serias, al representante de turno de la ins-

titución, también llamado *pringao-que-pero-cobra*, el cual se lo apunta todo y luego refiere a las instancias superiores que suelen decidir a partir de los informes, enmiendas y alegaciones de empresas, especialistas, técnicos y Otros de los que saben.

Este tipo de participación también es utilizada con éxito cuando se trata de romper oposiciones a algunos proyectos de especial relevancia. La técnica es de una simplicidad diabólica: se cogen las asociaciones del territorio afectado más subvencionadas y se enfrentan a las más beligerantes: ante la falta de acuerdo la administración se presenta como juez súper partes... *et voilà*.

La "nueva política" hace de la participación su caballo de batalla y crea partidos y candidaturas que buscan un encaje diferente, directo y sin mediaciones con la sociedad. Se trata obviamente de una participación diferente, auténtica, que se despliega en un escenario nuevo de trinca de transparencia y horizontalidad.

La voluntad y el esfuerzo están. Los resultados pero no acompañan. Y de hecho acaban pasando cosas como que las cúpulas fundadoras, con sus líderes, logren por arte de magia imponer sus propuestas o acordarlas con oposiciones gestadas en el mismo ámbito. O que se confeccionen listas electorales mediante acuerdos entre direcciones de partido después

de agotadoras negociaciones. O que se recurra a las viejas técnicas de control de asambleas con el desembarco masivo de militantes de probada fe.

En definitiva la renovación democrática no triunfa en la generación de las nuevas estructuras políticas, más allá de la integración de varias herramientas informáticas que permiten la militancia del clic.

Programas

Hay ciertamente quien considera que el ámbito más importante de un nuevo proyecto político no son los mecanismos de configuración interna o de articulación con los espacios de auto organización social, sino la capacidad de poner en marcha dinámicas innovadoras de elaboración colectiva de programas y marcos de intervención.

La primera constatación al respecto es que los nuevos actores parecen aceptar sin muchos aspavientos, como hecho ineludible, las limitaciones inherentes a las diversas contiendas electorales. Y se adaptan: para las europeas hacemos un discurso muy rupturista, para las municipales vamos a lo concreto, a las autonómicas arriesgamos un poco más y en las estatales tiramos la casa por la ventana. Siempre modulando propuestas y discurso según soplen los vientos de las encuestas de opinión. Propuestas y discurso elaborados, *off course*, en despachos o ámbitos perfectamente delimitados y poco permeables a influencias externas, tales como las de movimientos o sociedad civil organizada.

Imitando de nuevo los esquemas de la "vieja política" sus programas electorales -que no son programas po-

líticos propiamente dichos -oscilan entre el formato "cartas a los reyes" y "*puedo prometer y prometo*", tanto en los contenidos como en los mecanismos de elaboración.

En el caso de candidaturas municipales, la participación ciudadana es más importante y real, sobre todo en Cataluña gracias a su rico tejido asociativo y a la misma historia del país, donde el municipalismo ha tenido un peso y una extensión temporal muy específica, sin embargo la filosofía de fondo sigue siendo la misma: te escucho y me intereso, pero la decisión final me corresponde a mí y a los míos. Después del voto serás consultado e informado con transparencia y, en caso de desacuerdo con las políticas que finalmente adopte el consistorio podrás quejarte, increparnos e incluso no votarnos a las próximas elecciones.

En las elecciones generales o de comunidades autonómicas el asunto asume connotaciones esperpénticas, con un uso desbocado de expertos, técnicos, académicos, profesionales y un seráfico prescindir de las opiniones del pueblo que, como en la mejor tradición delegacionista, son interpretadas, traducidas y proyectadas en la dimensión de la política "real".

No puede hablarse, decía, de programas políticos propiamente dichos, porque un programa político debe contar con una progresión de objetivos, las he-

rramientas para alcanzarlos, un cálculo de las fuerzas necesarias para hacerlo, una previsión de las resistencias y oposiciones, posibles alianzas y un hilo conductor que no puede ser el simple aprovechamiento de un rebote o de miedos colectivos.

Las nuevas candidaturas, muy condicionadas por imperativos de comunicación mediática, apuestan claramente por la movilización puntual de un electorado que hay que convencer con técnicas de persuasión afinadas en el marketing, encadenando eslóganes y comportamientos que acaban configurando un modelo sustancialmente conformista, de mantenimiento del *status quo*, bien alejado del rupturismo enunciado.

Y acaban envolviendo sus mismos proyectos e ilusiones, al mismo tiempo que las expectativas de sus votantes, con una cadena, cuyo primer eslabón se llama pragmatismo. "En este juego hay unas ciertas reglas y hay que saber adaptarse" suelen decirte los partidarios del asalto, o entrada por invitación, a las instituciones cuando empiezan a surgir los primeros escollos que entorpecen el avance de los cambios prometidos, incluso antes de las citas electorales. Siempre me ha hecho mucha gracia. ¿Qué no lo sabían antes que había reglas?

El eslabón siguiente también es muy antiguo y lleva por nombre "el fin justifica los medios": simulamos

que participamos en el juego, pero una vez conquistado el poder organizamos otro.

Muy difundido entre los seguidores de las apuestas electoralistas de ruptura, es la manifestación de un maquiavelismo que, entre otras cosas, esconde en el cajón de los trastos las prácticas de democracia directa o asamblearismo, recuperando del armario de la vieja política retórica, demagogia y todo el arsenal de trucos y chanchullos necesario para ganar unas elecciones.

Otra consiste en estimular la identificación de la ciudadanía con las instituciones. Mistificación ésta que remacha el clavo, decenas de años después, del viraje que protagonizaron los partidos ex comunistas y socialistas cuando decidieron integrar sus aparatos en el juego de la democracia parlamentaria, emigrado definitivamente de la tierra de la lucha de clase.

Un viraje que Berlinguer, secretario del partido comunista más grande de Occidente -un verdadero estado en el estado italiano- plasmó en expresiones suficientemente ilustrativas como “la clase obrera se hace estado” o “emprendemos una larga marcha a través de las instituciones”.

A la vista de los resultados, 40 años más tarde, quizás deberíamos replantear la oportunidad de seguir el mismo camino.

Y, un eslabón tras otro, la cadena de la opción parlamentaria, si acaba triunfando, se convierte en un factor poderosísimo de desactivación del enfrentamiento de clase. Otro fenómeno conocido, experimentado en latitudes y épocas diversas: las derrotas o las rendiciones de los nuevos actores escogidos por mayorías que le ha confiado el mandato de transformación, no suscitan reacciones contundentes en las masas votadoras, siempre indulgentes con los suyos: "hacen lo que pueden","si los atacamos hacemos el juego del enemigo","no hay más margen de maniobra","esto es lo máximo que se puede obtener".

En fin, que el resultado de todo el proceso suele ser una especie de auto encadenamiento social, con desactivación de la capacidad y de los potenciales conflictivos de la gente, que primero vierte esfuerzos e ilusiones para integrarse en el juego institucional con la convicción de poderlo dirigir y después, una vez demostrada la inviabilidad de cambios radicales "desde dentro", se auto inhibe para mantener la presencia de "los suyos" en la que era la fortaleza enemiga.

Todo ello más viejo que Matusalén.

Se pierden muchas cosas por el camino de las urnas. Y la principal es, como decía, el concepto de democracia directa. No soy ningún fetichista de la asamblea y no pienso que una implementación, por ahora, de fórmulas anarquistas clásicas pueda aportar mejoras sensibles al funcionamiento de nuestra sociedad. Pero, si bien es cierto que el camino se hace andando, creo que también es importante saber en qué dirección: difícilmente podrás nunca llegar, un día, a un mundo de participación directa donde la gente se implique activamente en la gestión de sus asuntos y en las grandes decisiones, si todos los pasos previos se han dado hacia la estación equivocada.

Si, ya sé que hoy es de muy *buen tono*, también en círculos del nuevo politicismo, dejar caer que las asambleas son inventos manipulables, formatos adecuados para la selva Lacandona y los estudiantes de ESO, pero en el fondo espacios inoperantes o terreno abonado para la demagogia.

Me he encontrado participando en debates donde políticos promotores de candidaturas rupturistas atajaban las intervenciones sobre la necesidad aquí y ahora de enfoques asamblearios, que configuraran una nueva cultura política respecto a la reiteración de las fórmulas de participación consultivas, definiéndolas como "filosóficas". Otros que calificaban de poco democráticas las propuestas de implicación directa en la

gestión pública de movimientos populares, porque su representatividad no es cuantificable, es decir santificada por unas elecciones, consideradas como el único mecanismo capaz de garantizar el ejercicio de una democracia real. Todo ello muy triste y preocupante, sobre todo si tenemos en cuenta que éste es el único país de occidente, y por lo poco que yo sé del mundo, que en la historia reciente haya visto triunfar, aunque de manera efímera, una revolución libertaria. O donde las grandes movilizaciones y conquistas sociales de las últimas décadas han sido impulsadas, todas, por movimientos que tenían la asamblea como fundamento organizativo e ideal.

El mundo de la nueva política parece, en definitiva, empeñado en recorrer caminos ya más que trillados, que ya sabemos dónde nos llevan. Con unas fórmulas igualmente mustias: arreglar las cosas desde arriba por parte de un cuerpo de iluminados[7] (y es igual que los iluminados sean banqueros o profesores de ciencias políticas o sacerdotes o políticos de raza); o arreglarlas desde abajo pero por iniciativa de unas vanguardias que "bajan" a apoyar oprimidos o dé-

7.- El siglo XVIII vio el fenómeno del despotismo ilustrado, es decir de monarcas absolutos que introducían en las practicas de gobierno de masas campesinas embrutecidas por la miseria, la ignorancia y la religión, elementos aportados por el movimiento de la ilustración. Hoy todavía hay quien piensa que el pueblo ignorante necesita intervenciones providenciales.

biles que, cogidos de la manita, serán guiados por el camino que los llevará a la liberación nacional, al rescate social o a lo que en cada momento parezca conveniente, oportuno o posible a los pastores del rebaño.

"Esto no toca"

Expresión popularizada por el ex muy honorable Jordi Pujol que de esta manera simple y directa marcaba el terreno a las periodistas preguntonas. Fiel a una visión concreta de la política, él, el líder elegido por el pueblo, decidía cuál era la agenda, cuáles eran los temas, las preocupaciones, los proyectos que interesaban al país, su país. Las prácticas de qué se le acusaría y que lo llevarían a sentarse en el banquillo de un tribunal eran consecuencia lógica de esta identificación entre los intereses del cabecilla y del pueblo que lo ha votado.

Hoy esta misma identificación del líder o vanguardia con los intereses del pueblo se manifiesta a través de los reiterados "esto no es prioritario", pronunciados en estéreo tanto por miembros de formaciones como PPSOE o Ciudadanos, como los paladines del regeneracionismo político podemista, cada vez que un par de millones de catalanes reclaman la independencia de España.

O cada vez que en un marco de redacción colectiva de los programas electorales alguien se descuelga sugiriendo soluciones demasiado radicales.

Es un hecho que plantea un interrogante ineludible: ¿Quién decide lo que el pueblo debe decidir?

Pregunta que evoca automáticamente otras en cascada: ¿cuáles son los ámbitos y los espacios donde se reflejan, amplifican o crean las preocupaciones o anhelos de la gente? ¿Quién los controla y regula el acceso? ¿Cuáles son los actores y los intereses que definen la aparición o desaparición de temas de las ágoras públicas?

Una de las limitaciones de la democracia populista es que también acaba creyendo que las prioridades marcadas por la dirección de un partido (que se auto confunde a menudo -ay- con la figura del intelectual orgánico gramsciano) sean las de toda o de la inmensa mayoría de la sociedad.

"Derecho a decidir sí, pero sobre todo", proclaman, por ejemplo. Que significa: no tendrás referéndum sobre autodeterminación hasta que no modifiquemos el actual marco constitucional y cuando venga el día ya veremos. La pregunta entonces pasa a ser: ¿cómo se piensa modificar el marco actual? ¿Con una batería de consultas que definan la nueva forma del estado (república, sin ejército o con ejército popular, con banca y sectores estratégicos de la economía nacionalizados)? ¿O con un proceso constituyente iniciado por una mayoría parlamentaria que se saque de la chiste-

ra algún artículo sobre la posibilidad de que vascos, catalanes y gallegos o andaluces puedan ir a las urnas como los escoceses para decir si quieren quedarse en España o pirárselas? ¿Con una nueva versión del estado de las autonomías, pero en formato federal pactada con los PPSOE y su marca blanca Ciudadanos?

Y más preguntas: ¿qué pasaría, en el hipotético caso de que de una u otra manera al final se reconociera el derecho de los catalanes a decidir si quieren ser estado, región, comunidad o parque temático, con las instituciones del actual Estado español, monárquico y posfranquista, encargadas de velar por su integridad, desde la Guardia Civil a la Conferencia Episcopal? ¿Cuáles serán los sujetos que impulsarán el necesario proceso previo, es decir el destituyente?

Soy un tiquismiquis, lo admito, pero no soy el único que opina que cuando se proponen soluciones para problemas que llevan décadas enquistados no estaría de más concretar un poquito.

¡No demasiado eh! Bastaría quizás con mencionar o describir a grandes rasgos el modelo que se pretende adoptar. Porque de modelos hay unos cuantos, que se pueden declinar, como acabamos de ver, de varias maneras: el clásico, que consiste en reunir un grupo de expertos ilustrados, de aquellos que escuchan el pueblo, interpretan sus confusos deseos y finalmente

redactan una carta magna como les sale de los atributos; el transaccionista bis, reedición moderna del pacto continuista entre líderes de los principales partidos bajo la atenta mirada de los poderes fácticos que en 1978 parió la Intocable[8]; el radical, con matanza, simbólica o física, de miembros de las clases dominantes con sus séquitos de lacayos y servidores y posterior creación de nuevas instituciones emanadas del pueblo o de la parte del pueblo que esté por la labor; el revolucionario, con traspaso gradual o acelerado de las riendas del proceso a soviets, comités, consejos, asambleas o a lo que el pueblo soberano se le ocurra en cada momento?

Tengo la sensación de que las dos últimas no sean opciones muy valoradas por los protagonistas del anunciado tsunami electoral que, en mi opinión, se inspiran en una idea un poco descafeinada de

8.- La "Constitución no se toca" ha sido el grito de guerra de todos los partidos españoles, grandes y pequeños, hasta el día en que a una señal proveniente de Bruselas o del espacio exterior donde habitan los mercados se pusieron de acuerdo en un santiamén para someter a la carta magna a un clamoroso estupro desnudandola del hábitat social y clavandole bien en el centro con absoluta prioridad el pago de la deuda.

...Bueno, más que descafeinada podríamos llamar prostituida hasta la médula, ¡si hasta un payaso como Aznar se ha pasado años colgándose la medallita de demócrata sin que nadie se la hiciera tragar! Hoy, de hecho, sólo quedan cuatro anarquistas y los pobres neonazis empeñados en no reivindicar tan mágico concepto, descriptor de un parlamentarismo de mercado, donde unos partidos / empresas buscan clientes que compren sus productos (los programas) a base de campañas de marketing electoral que utilizan ampliamente todas y cada una de las técnicas de publicidad más fraudulenta y vil. Campañas donde quien conquista las principales cuotas de mercado tiene como premio la gestión de unos servicios que los mismos clientes/electores (y también los que no lo son, ni piden estos servicios)[9] pagarán una y otra vez a precios exorbitantes.

Sea como sea, por muy prostituida que sea la palabreja, un poco de decoro sí le queda y nuestros salva-pueblos deberían tenerlo en cuenta cuando afirman con tanta contundencia saber cuáles son los intereses reales de la gente.

9.- Yo mismo prescindiría con mucho gusto de las prestaciones de familia-real, fuerzas armadas, cuerpos anti-disturbios de las diversas policías y aeropuerto de Castellón, solo por mencionar un algunos ejemplos.

En la primera mitad de los años 70 en Italia se celebró un referéndum sobre el divorcio. A nadie se le ocurrió entonces sacarse de la manga una escala de prioridades de derechos, tal y como se estila aquí y ahora. A nadie le pasó por la cabeza argumentar que primero había que decidir sobre temas más importantes, como la semana laboral de 36 horas, la salida del país de la OTAN, la subida del salario mínimo, el derecho a las prestaciones por desempleo o la revalorización de las pensiones, porque al fin y al cabo el divorcio no dejaba de ser un asunto de burguesas que no tenían ni idea de los problemas reales de las mujeres del pueblo, que consistían básicamente en alimentar y vestir a los hijos, darles un techo y no morirse de agotamiento a los 50 años.

Al contrario, todos los partidos y movimientos laicos y progresistas vieron en aquel referéndum una batalla de valores. Que, por cierto, ganaron.

Hoy en Cataluña tenemos al menos un 30% comprobado de gente que, de forma reiterada, ha manifestado que quiere pronunciarse sobre la posible separación de Cataluña de España. Qué estrambótica idea de democracia defienden los representantes de Ciudadanos, PP, PSC/PSOE y Podemos para negarle esta posibilidad, para decirles que se aguanten, o que "ahora no toca"?

Insisto en el tema catalán porque es una especie de piedra de toque que permite ilustrar casi a la perfección proyectos y visiones políticas, con vocación institucional o no, inspiradas en el famoso lema "*todo para el pueblo pero sin el pueblo*".

La filosofía y las praxis que se inspiran en esta máxima tienen, entre otros inconvenientes, el de no acertar casi nunca. Por ejemplo, muchos de los modernos déspotas ilustrados sugieren, como remedio a la tozudez de tanta gente catalana, la solución del...

Pero por qué, en lugar de una independencia estúpida y provinciana no se reclama el federalismo, que es mucho más *cool* y moderno?

Repiten los estatalistas españoles de "izquierdas" a sí mismos y a los pocos que todavía tienen ganas de escucharlos -en general periodistas extranjeros ingenuos y nacionalistas ibéricos que no tienen el estómago de alinearse directamente con PP y otros fachas-.

Como decía un amigo mío historiador: el problema es que cuando empiezas a buscar, te das cuenta que los federalistas están todos en Cataluña y, puesto que una federación siempre debe salir de un pacto entre al menos dos sujetos soberanos, con quien deberían federarse los pobres?

Y mira que lo han intentado y vuelto a intentar durante siglos, chocando siempre con el mismo obstáculo: que de soberanías, España sólo reconoce la suya (después, eso sí, las de mercados, bancos, EEUU, UE... esta última sólo cuando no se trata de sentencias del Tribunal de Estrasburgo sobre violaciones de Derechos Humanos) y considera que los catalanes son simplemente un puñado de Españoles Residentes en

Cataluña, EREC, según la aguda definición del Antonio Baños.

Es una evidencia incuestionable, para la mentalidad centrípeta dominante en la meseta central, que los españoles residentes en una parte de España ya están más que federados y que, por tanto, cualquier propuesta de este tipo no merece ni siquiera ser tomada en consideración.

La versión moderna del nacionalismo español, ciudadanista e individualista, pone énfasis en la centralidad del súbdito (lo siento: en una monarquía los ciudadanos son súbditos...) como sujeto de la soberanía, esquivando por tanto cualquier reconocimiento de entidades colectivas que no sean un pueblo español debidamente acreditado con DNI.

Por lo tanto resulta muy sorprendente, para un observador externo, la obstinación con la que generaciones de políticos catalanes han intentado proponer el establecimiento de un sistema federal a un estado oligárquico que se encontraba y encuentra extraordinariamente a gusto con el sistema actual.

El estado de las autonomías fue para algunos la última bala federalista. La esperanza era que con el paso de los años, primero la decadencia y después el deseado traspaso de las generaciones militares, guardianas de

la Patria una, grande y libre, se abrirían posibles caminos de relectura de la Constitución. Lo intentaron casi todos. Pujol, que trocaba competencias y transferencias de recursos con el apoyo de CiU a los dos partidos que se iban alternando cada cuatro u ocho años en el gobierno de Madrid: cuando las mayorías eran relativas, con un poco de tira y afloja, los políticos catalanistas conseguían ahora una competencia más, ahora un impuesto, ahora algún detallito crematístico. Cuando las mayorías eran absolutas recibían portazos en las narices. Lo intentó también otro padre de la Constitución, Roca y Junyent, él también de CiU, fracasando miserablemente en la creación de un partido de centro, de ámbito español y espíritu europeo. Lo intentó Pasqual Maragall, con un Estatuto que introducía tímidamente la idea de pueblo catalán como sujeto soberano. Antes ya lo había intentado el lehendakari Ibarretxe, con una propuesta similar para el País Vasco: las Cortes españolas le rieron en la cara.

En resumen, la respuesta, desde el siglo XVIII en adelante, a cada demanda federalista siempre ha oscilado entre el golpe militar, el zafarrancho de la caverna mediática, el recurso a los tribunales y las acusaciones de traición a la patria.

Es cierto que la memoria hoy en día es corta, pero ¿cómo es posible que los actuales federalistas no re-

cuerden que la primera gran manifestación del nuevo proceso independentista llenó las calles de Barcelona en respuesta a la sentencia de un Tribunal Constitucional, repleto de individuos que un amante de los eufemismos definiría profundamente conservadores? Era un estatuto que había votado poca gente y que no había despertado ningún entusiasmo: fue la arrogancia de los mismos poderes de siempre, la arrogancia de aquellos que saben que tienen la sartén por el mango y que no se rompieron la cabeza buscando argumentos que respaldaran sus actuaciones, lo que desencadenó el espíritu independentista, el deseo de acabar con un estado de cosas grotesco y humillante.

Hoy en día, la tercera vía "federalista" sólo es un intento desesperado para llenar un vacío ya no ideológico, sino incluso de ideas de un partido a la deriva y otros que buscan nueva linfa electoral.

Ya que en la defensa de la España una grande y libre nunca podrían superar a los paladines tradicionales post franquistas y posmodernos, se sacan de la manga una idea de estado federal que simplemente ignora la realidad histórica, económica, social, jurídica y política de España. Un producto de política ficción que tiene como referencia ideal la saga de *Star Trek*. Con teletransporte, velocidades de curvatura y agujeros negros utilizados como túneles de autopista, pero sin peaje.

Introducen en la coctelera reminiscencias falsificadas de una república que por otra parte no se atreven a reivindicar (demasiado ocupados en inclinarse ante el nuevo rey), cuatro conceptos ya obsoletos sacados del pensamiento débil de hace unas décadas, un poco de cosmopolitismo barato y la agitan frenéticamente, con la esperanza de que salga la fórmula mágica que les permitirá embaucar de nuevo vascos y catalanes, ya que nadie con dos dedos de frente ve ninguna posibilidad de convertir a un cantonalismo radical la pendenciera afición de la Roja.

Si se lo creyeran serían idiotas, sin embargo, ya que incluso la estupidez tiene un límite, el verdadero objetivo de la propuesta no puede ser otro que la aplicación, al problema creado por el "desafío soberanista", del viejo refrán catalán "qui dia passa any empeny".

Como decía, sin embargo, la retórica populista de una parte de la nueva clase política emergente no se limita por supuesto a apaciguar las tensiones nacionales.

Su discurso, centrado en una preocupación constante por las necesidades materiales de "*La gente que se lo pasa muy mal*" se dirige a lo que considera el punto más sensible del ciudadano: la barriga. Dejando de lado las connotaciones paternalistas y cristianas que condicionan la confección de programas básicamente asistencialistas, asistimos a un abandono de hecho de la idea misma de enfrentamiento entre dominados y dominantes. Enfrentamiento donde la puesta en juego no debería ser un simple reparto menos escandalosamente desigual del pastel, sino el mantenimiento o la definitiva -aunque gradual y sensata- superación del actual modelo económico y social.

Se olvida que la "gente", es decir lo que antes se llamaba clases trabajadoras, proletariado o pueblo, según los gustos y las corrientes, puede y sabe auto organizarse y luchar, como lo han demostrado infinitas veces a lo largo de la historia y como lo están haciendo todavía, ahora mismo, en tantas pequeñas y grandes batallas, sin necesidad de salvadores.

Se olvida que hoy como ayer el espíritu revolucionario, el único que puede llevar a transformaciones radicales y ciertas del status quo, no se manifiesta nunca con la aparición de dirigismos ilustrados, de representantes que encarnan la voluntad colectiva, sino con una complejidad de actuaciones, alianzas, organizaciones que siempre son manifestaciones conflictivas de autonomía.

Así como también se olvida que las "necesidades", por sí solas, el materialismo descarnado de la satisfacción de los requerimientos biológicos y sociales más básicos, con un plus de comodidad en nuestras sociedades occidentales, no han sido nunca el alma de los grandes cambios sociales si no iban acompañadas de hermanas mayores: la aspiración a ser libres, a la justicia, a la igualdad, a la fraternidad...[10]

En definitiva se olvida aquello tan antiguo de que "la humanidad no vive sólo de pan"

Y eso me lleva a hablar de...

10.- Es conocido que la reacción a los "simples" abusos lleva como a mucho a explosiones puntuales: "les bullangues", "les émeutes", "les jacqueries", "els riots" o bien los "votos de castigo".

Valores

Es un lugar común afirmar que vivimos en sociedades que sufren una crisis profunda de valores y que el mundo de la política de partidos es una prueba llamativa y vergonzosa de ello.

La "nueva política" empieza por tanto a caminar, de manera acertada, poniendo sobre la mesa los aspectos éticos que deben guiar la actuación de los "servidores públicos".

Y se redactan y discuten códigos éticos... que sin embargo y por desgracia se centran exclusivamente en uno de los 10 mandamientos: "no robarás".

Discusiones interminables sobre el techo de sueldos de políticos y técnicos, sobre mecanismos de control de cuentas, sobre transparencia de los patrimonios de candidatos y cargos, sobre cómo imposibilitar el fenómeno de las puertas giratorias[11].

11.- Mecanismo hasta ahora habitual que permite a personajes siniestros como Felipe Gonzalez y Jose Maria Aznar pasar de ocupar un escaño de diputado o presidente de las cortes a una silla en el consejo de administración de multinacionales que se han beneficiado de las actuaciones de sus gobiernos. Cobrando, off course, un dineral.

Discusiones todas centradas en los elementos tangibles de la corrupción y que no tocan los intangibles que tanta importancia tienen en nuestras sociedades: la construcción de una imagen pública, mucho más fácil cuando se ocupa un cargo político, la confección de una rica agenda de contactos personales, el enriquecimiento espectacular de los currículos y, sobre todo, la asunción de roles "separados" y de "mando" de la sociedad.

Discusiones de las cuales quedan fuera todos los demás ideales, sueños, principios, valores que inspiraban la acción revolucionaria.

Honestidad como significado vacío

Está muy bien denunciar la casta y la corrupción, el vergonzoso espectáculo de latrocinio general enquistado en la política profesional.

Sin embargo la repetición obsesiva del concepto, tal como ocurrió en Italia con Mani Pulite, convierte rápidamente un simple recurso dialéctico, que además contiene unos implícitos políticamente banales o incluso regresivos.

El primero es que el sistema es regenerable, que bastaría con que todo el mundo respetara las reglas y pagara los impuestos para que todo el tinglado funcionara. Es el espejismo que desde finales de la Segunda Guerra Mundial nos han querido vender una y otra vez a pesar de la evidencia, cada vez más flagrante, de la esencia destructiva del capitalismo que, para existir, necesita de un crecimiento continuo, necesita consumir cada vez más recursos, necesita explotar de una manera u otra todas las formas de vida, patentandolas, modificándolas, sustituyéndolas, destruyéndolas.

Las tibias medidas de autocontrol, vía legislaciones nacionales e internacionales, que el sistema adoptó en la época de la Guerra Fría eran entonces oportunas

y aceptadas por las clases dominantes, ya que por un lado perseguían el objetivo de seducir grandes masas que podían sentirse atraídas por la epopeya de las revoluciones rusa y china, atribuyendoles, junto al rol tradicional de productoras de plusvalía, el de consumidoras. Y eran también perfectamente viables gracias a la intensificación de las técnicas de extracción de recursos -sobre todo energéticos- y su abundante disponibilidad o a la reorganización de la producción. Hoy el escenario es muy distinto. Y dar a entender que la corrupción es la causa principal del problema, y no un efecto, es una demostración pasmosa de frivolidad.

El segundo implícito es que la honestidad es un valor supremo, capaz por sí mismo de arreglar las cosas y no una simple condición básica de toda interacción social.

El tercero es que para garantizarla basta con introducir transparencia en las cuentas y respecto de las "reglas del juego" o sea de la legalidad, entendida como marco necesario y objetivo de convivencia.

Se obvia en este caso que "legalidad" es un concepto que desde siempre ha ido necesariamente adjetivado: la "legalidad burguesa", o sea la que disfrutamos, es un corpus de normas finalizado a la preservación y perpetuación de un sistema de dominación de unas

clases sobre otras y no un marco que permita o facilite el funcionamiento de sociedades humanamente y ambientalmente sostenibles.

Afirmaciones de nuevos políticos como "*las empresas multinacionales no tienen nada que temer si respetan las reglas del juego y pagan impuestos*" son una negación de evidencias llamativas, como que las reglas del juego a nivel internacional hace décadas que las definen las multinacionales y el entramado financiero. Las regulaciones sobre los movimientos de capitales -por decir una- no volverán, ni habrá nuevas, mediante cambios en aritméticas electorales. Es hasta ridículo considerar que escuálidas mayorías parlamentarias puedan modificar de manera mínimamente significativa las relaciones de fuerzas actuales jugando con las palancas creadas por el mismo sistema. Hay fuerzas, eso sí, y candidaturas que se han referido al derecho a desobedecer, a la necesidad de subordinar la labor institucional y de gobierno a las luchas populares. Se echa en falta sin embargo un posicionamiento más contundente y definido de la nueva política sobre la clase de "orden" o "legalidad" que debe inspirar sus actuaciones una vez hayan hablado las urnas.

Y volvemos a los valores.

En los mítines electorales, los actos políticos, pocas veces se habla de justicia social, de solidaridad in-

ternacional, de apoyo mutuo, de responsabilidad colectiva, de defensa de las libertades, de laicismo. Se critica a veces el patriarcado y se agita la bandera del feminismo, pero sin entusiasmo, sin profundizar demasiado, no sea que se desencadenen debates, que emergieran variables interpretativas, diferencias de sensibilidades inoportunas.

Y mientras tanto en los movimientos se instalan cada vez más dicotomías facilonas, como la caricatura, cargada de auto odio, del occidente malo, materialista, agresivo e imperialista por esencia, que algunos oponen a un oriente bueno, espiritualista, proletario, identificado hoy con el Islam, como hace unos años lo era con el budismo.

Una réplica algo más grotesca aún de la división en bloques de hace unas décadas, cuando los buenos estaban al otro lado del telón de acero y los malos éramos nosotros[12]. Lectura que, entre otras cosas, tira por la borda todo un legado de luchas, resistencias, construcciones, sacrificios, heroísmos y sufrimiento.

Maniqueísmo del que son síntomas la práctica reducción de las movilizaciones internacionalistas a la opo-

12.- La indignación que en los ambientes comunistas suscitaban las películas de "Don Camilo" y la indulgencia que en los mismos ámbitos se mostraba por los crímenes estalinistas recuerda mucho a ciertas actitudes islamofilas actuales

sición al estado de Israel, de la lucha antirracista a la agitación del fantasma de la islamofobia (detrás del cual desaparecen las discriminaciones de toda la vida, de negros, gitanos, sudacas y demás parias); o el regalo que, tras los asesinatos de París, los promotores de la sórdida consigna del "Yo no soy Charlie" hicieron a los gobiernos y las élites europeas, reconociéndoles la "propiedad" de principios que son nuestros, la exclusiva en la defensa de derechos que nunca han respetado, si no a regañadientes, y que han costado muchas luchas y sangre, como el de libertad de expresión, en una escalada de estupidez suicida que llegó hasta la organización de debates donde expresamente se pedía poner "límite" a las libertades de decir, dibujar, publicar, pensar[13].

El laicismo, es decir la no intromisión en la vida pública de las diversas religiones, es visto, por parte de

13.- En enero de 2015 un grupo de islamistas radicales asesina en parís a 15 personas, entre las cuales 8 redactores de la revista satírica Charlie Hebdo, "culpables" de haber dibujado a el profeta Mahoma y 4 clientes de un pequeño supermercado de barrio, "culpables" por ser judíos. A nivel internacional el rechazo se plasma en la consigna " Je suis Charlie" y gobiernos de todo tipo se apresuran en defender el sagrado valor de la libertad de expresión, la misma que a menudo se afanan en reprimir con leyes y amenazas. A buena parte de nuestra izquierda radical le parece muy buena idea, en lugar de denunciar cinismo y reinvindicar la maternidad de los valores de libertad, contrareplicar con un "Je ne suis pas Charlie" acompañado por una retahíla de teorías conspirativas, acusaciones de islamofobias contra las victimas, explicaciones exculpatorias del islamofascismo.

generaciones que nunca han tenido que luchar en serio contra el oscurantismo de la iglesia impuesto a la vida social, como una manifestación de neocolonialismo, de xenofobia hacia la inmigración musulmana.

Islamofilia

He estado intentando entender la extraña fascinación que ejerce el Islam, como cultura y como religión, sobre tanta gente de los movimientos sociales y que los lleva a considerar islamofobia todo lo que huela a crítica de cualquier aspecto de un corpus de creencias y tradiciones que es, por otra parte, extremadamente complejo y variado.

Yo también sucumbí parcialmente, en mi juventud, al impacto de la revolución de los ayatolás: me impresionó que en nombre de un dios se pudiera derrotar al odiado enemigo imperialista yanqui. Se me fue pasando la *infatuación* a medida que iban llegando de Irán imágenes de una vida y una sociedad cada vez más oscurecida y hundida en la ignorancia, la crueldad y el fanatismo.

He escuchado a chicas jóvenes y cultas afirmar que nosotros, los occidentales, hemos perdido la dimensión de la espiritualidad, de la relación con el entorno natural, mientras que en el mundo musulmán se respiran y defienden aún los valores de armonía y de elevación moral. Una compañera llegó a afirmar una vez que era natural que el Corán considerara tres veces más valiosa una persona creyente que un infiel.

Porque infiel es aquel que no tiene alma, no tiene espiritualidad. Entendí de golpe hasta qué punto hemos perdido terreno en nuestra batalla por la emancipación. Quisimos matar a Dios y no supimos llenar el vacío que dejábamos.

Gente joven, inteligente, pero hija de un laicismo que el capital ha ido despojando de grandeza, hasta convertirlo en una pieza de la maquinaria de consumo, acaba interpretando de manera completamente errónea la serenidad que otorga la adhesión conformista a un estado de cosas: la tradición, las normas sociales, los vínculos religiosos se confunden con calidez humana, autenticidad de principios. Y no es así. No hay ninguna trascendencia en la calma tranquila del rebaño. Hay disciplina, sí. Paz social, sí. Respecto formal, también. Calma. Es cierto.

Esa misma calma y serenidad que se respiraban en mi pueblo hace unos años, cuando toda la comunidad se ajustaba a los ritmos y los preceptos que marcaba la iglesia, con sus toques de campanas, las misas, las festividades, las interdicciones alimentarias (los viernes no se comía carne, en la cuaresma tampoco, el viernes de pascua era *vigilia nera*, es decir ayuno), la moralidad impuesta, la autoridad del sacerdote. La gente se adaptaba -o hacía ver que lo hacía-, y la jaula de la fe también era guarida donde refugiarse contra las mil dificultades de la vida, contra la misma angustia del

vivir. Siempre es más cómodo, menos fatigoso nadar a favor de la corriente que contra.

Es cierto: históricamente las religiones monoteístas supusieron la superación de conflictos tribales, de las leyes del más fuerte. Pero no acabaron con la violencia, sino que la sustituyeron. Es más: alejándose de la madre naturaleza, considerada esfera a dominar por el hombre, reprimieron las prácticas animistas o el chamanismo, formas originarias de conexión con las fuerzas cósmicas.

La religión, conjunto de normas que domesticaban al tiempo que tranquilizaban, apropiándose en exclusiva del diálogo con las esferas de la muerte, del más allá, también imponía una explicación, una narración unívoca del "porqué de las cosas".

Nuestros valores no son los mismos. Nosotros, siempre, nos hemos negado a conformarnos con las verdades vehiculadas por castas sacerdotales de todo tipo y hemos hecho nuestros otros principios: la libertad de pensamiento y de acción, la lucha por la igualdad y la felicidad en esta tierra y no en improbables paraísos, la curiosidad del conocimiento, la voluntad de saber, el derecho a sublevarse, el amor a la tierra y a la vida. Mucha gente, hombres y mujeres, herejes, brujas, infieles, a lo largo de la historia han terminado en manos de verdugos, torturados, quemados, por haber

osado reivindicar su palabra humana por encima de la imposición de cualquier palabra de dios.

Esta lucha épica ha sido envilecida, rebajada, menospreciada en el discurso dominante del occidente laicizado (parcialmente) por el nuevo Dios mercado. Y gran parte de la izquierda, con su materialismo de bajo vuelo, su concepto de ética basado en legalismos mezquinos, su odio de clase transmutado en resentimiento y envidia, ha contribuido en gran medida al triunfo de esta rebaja de ideales.

Ideales que sin embargo están ahí, y bien vivos, y atraviesan nuestras sociedades con la potencia de los sentimientos y las pasiones más profundas. Generosidad, compasión, apertura de mentes y corazones. La auténtica, la única espiritualidad es la lucha por la libertad del espíritu. Dicen que la religión es amor, pero qué amor contempla amenazas, castigos y cautiverio?

Pero no Parece que en el nuevo espacio de pensamiento y acción política no quepan las reflexiones sobre ética y valores o sentimientos que no sean los del grupo, o la tibia compasión asociada al auxilio que tenemos que dar a "quien se lo está pasando mal". Es lo que llaman la...

La "política de las necesidades" propugnada por unos y otros, versión tuneada del reformismo clásico, centrada en remendar el escuálido traje asistencialista irremediablemente dañado por "la crisis", plantea dos problemas relevantes.

El primero es que la generalización del modelo escandinavo, que los nuevos políticos españoles nos proponen como meta a alcanzar, necesitaría los recursos de tres planetas.

Si no es de extrañar que, al calor de la crisis, los voceros del capitalismo salvaje hayan desclasado la carpeta de la problemática ambiental a un tercer plano, sí lo es que las agendas de movimientos y nuevos partidos y candidaturas se hayan también adaptado a este cambio de prioridades.

El medio ambiente, la cuestión de los recursos, vuelven a tomar el papel de actor invitado que tenían hace unas décadas, con la pincelada del valor añadido que pueden aportar estos temas en una competición mercantil cada vez más especializada y en la desesperada búsqueda de nichos de consumo.

Hace años que estamos sufriendo actitudes seguidistas similares en nuestra izquierda europea: la idea de solidaridad internacional, por citar una, quedó cooptada ya en la década del 90 por un onegeísmo desenfrenado.

El problema de la renuncia a elaborar una cosmovisión propia, una estrategia autónoma y alternativa a la realidad de un mundo dominado por el capital es que acabamos jugando eternamente a la contra, de manera reactiva. Y el resultado es que, en lugar de replicar los argumentos desarrollistas de los actores políticos convencionales con cambios radicales de paradigma, aceptamos todas y cada una de sus reglas: ¿ellos hablan de incrementar el PIB? Nosotros hablamos de cómo redistribuirlo. ¿Ellos dicen que se mejora la competitividad rebajando condiciones laborales? Nosotros decimos que hay que mejorar la eficiencia... para ser más competitivos. ¿Ellos afirman que la emigración es un problema económico porque las migrantes reciben ayudas sociales? Nosotros afirmamos que las migrantes son la solución económica porque trabajan y cotizan. ¿Ellos nos acusan de violar la ley? Nosotros los acusamos de violar la misma ley... Y así bajando por una espiral de dependencia ideológica que nos aleja pasito a pasito de cualquier estrategia autónoma de clase.

El segundo problema es que la condena y el rechazo al sistema financiero como responsable de la crisis/estafa no se han extendido a la cultura y los comportamientos que facilitaron el éxito de las prácticas gangsteriles de banca y mercados.

No se ha considerado en ningún momento prioritario insistir en una crítica de principio a la difundida y alienada aspiración a la propiedad y ni siquiera a la especulación. Es cierto que la mayoría de personas engañadas por la banca contrataron hipotecas, no por tener la propiedad de pisos, sino simplemente para asegurarse una vivienda. Y también es cierto que la gran mayoría de preferentistas estafados no habían depositado su dinero para especular con algún fondo buitre, que quizás explota mineros sudafricanos o mujeres en maquilas, sino para garantizar sus ahorros. Así como es cierto que la gente cada vez más pobre, que compra en las grandes superficies los productos de multinacionales violadores de derechos humanos o del medio ambiente, lo hace básicamente porque no se puede permitir otra cosa.

Pero también es cierto que el sistema se nutre precisamente de la adhesión, sea voluntaria, involuntaria o forzada a unos hábitos de consumo inmorales y rapaces, y que esta adhesión rara vez ha sido y es objeto de

una reflexión colectiva, y sólo en reducidos ámbitos de militancia (el vegano, el decrecentista)[14].

La ausencia de una batalla de valores se visibiliza en algunas formulaciones de moda en nuevos partidos y movimientos, que aseguran que no son "ni de izquierdas ni de derechas". Desmarque comprensible en un contexto donde el término 'izquierda' ha sido secuestrado por partidos que llevan años alejándose a la velocidad de la luz tanto del socialismo como de la democracia, reduciéndolo a una propuesta de enfrentamiento de fútbol. Desmarque que sin embargo conlleva también la renuncia al legado ideal, los mitos fundadores de la izquierda, a sus héroes: desde Espartaco a Rosa Luxemburgo, del Che a Ángela Davis, de Durruti a Puig Antich, del Vietcong a Rigoberta Menchú. O el rehuir de toda confrontación conflictiva con el corpus ideológico y el ideario de la derecha, portadores de represión, opresiones e ideas mortíferas: patria, religión, orden, familia... sumisión.

14.- Los efectos de esta carencia se notan en algunas reivindicaciones programáticas de lucha en la pobreza como la exigencia de no repartir alimentos sino dinero a las personas necesitadas: además de reproducir modelos monetarios e individualizadores, se opta asi por inyectar dinero en los circuitos de consumo mas especulativos, ya que los beneficiarios últimos de esta ayuda sera inexorablemente las grandes cadenas de distribucion, en lugar de invertir recursos públicos en el refuerzo de producciones locales de calidad y de redes de distribución autogestionadas.

O la promoción de no-ideales que se ocultan bajo la piel de cordero de lo "políticamente correcto", nefasto revoltijo descafeinado, desnatado y endulzado con sacarina. Triunfo de la hipocresía que nos hace rendir ante las religiones, justifica el patriarcado más excesivo, recupera la idea de patria y con la reiterada invocación de marcos legales existentes instila la aceptación de órdenes establecidos (aunque mejorables).

Esta última tendencia se ha plasmado en la omnipresencia de un concepto basado en una negación:

La "no violencia"

Un fantasma recorre Europa y parte del resto del mundo.

Presencia repetida en la ventana mediática, vaga por los ámbitos de la política institucional, planea por los templos, surfea por Internet, se cuela dentro de las escuelas. La llaman no-violencia y de fantasma tiene muchas características: silueta desenfocada, origen incierto, naturaleza equívoca.

Coreada como un mantra, la evocación del espíritu de la no violencia resuena en asambleas preparatorias de manifestaciones, actos constitutivos de asociaciones, presentaciones públicas de plataformas, coordinadoras, redes...

Ocupa un lugar destacado en el bagaje de adjetivos que acompañan cualquier iniciativa de protesta. Sirve como tarjeta de visita de grupos activistas, de reivindicaciones, de individuos.

Se ha convertido en el paraguas bajo el cual los descontentos de nuestro, hasta hace poco, despreocupado occidente intentan protegerse de las lluvias criminalizadoras de las prensas de régimen (y también, aunque

cada vez con menos éxito, de las palizas y multas de los defensores de la legalidad).

Todas las expresiones tradicionales de la lucha social se presentan desde hace tiempo aderezadas con este condimento: manifestaciones, marchas, concentraciones, *sit-in*... Incluso las huelgas, las ocupaciones y los piquetes deben pasar por una especie de ITV de la no violencia.

Era inevitable que esto sucediera: durante décadas, una llovizna discursiva constante ha empapado todos los rincones de nuestra sociedad. Desde las escuelas, con sus "rincones para la solución de conflictos", a las iglesias, las televisiones y los periódicos de todas las tendencias... la reiteración de argumentaciones contra el recurso a las armas de cualquier tipo en la resolución de conflictos (sociales) ha sido obsesiva.

La violencia es inútil, genera más violencia, crea odio y rencor, es machista, es injusta, rompe la convivencia...

La violencia se ha de condenar, venga de donde venga.

La violencia nos quita la razón. Provoca el rechazo de la mayoría...

De forma pacífica, en cambio, se puede obtener todo lo que es bueno, justo, equitativo. El diálogo (hablando se entiende la gente), el razonamiento, la protesta civilizada, y si puede ser lúdica, se nos han presentado como las únicas y poderosas formas capaces de transformar el mundo.

Durante décadas nos han dicho que la única condición, la única regla a respetar en la confrontación dialéctica entre intereses de clase opuestos era el rechazo de cualquier manifestación de violencia.

Durante décadas nos han servido en todas las salsas ejemplos edificantes de hindúes ascéticos, de hippies colocados, de mayos franceses románticos; al tiempo que nos pintaban con tintes demoníacos a revolucionarios sedientos de sangre, rebeldes que tenían la destrucción como causa única.

Han sido décadas de instalación en el imaginario colectivo, y en el vocabulario, de figuras que debían representar el lado oscuro de nuestras sociedades: marginales, vengativas, irracionales. Ludditas, nihilista y anarquista dejaron de ser adjetivos asociados a corrientes políticas históricos, y a menudo gloriosamente complejos, para cargarse de negatividades, mediante un arsenal lexical al uso esparcido por las baterías mediáticas.

Se han fabricado, a decenas, modelos de nuevos enemigos internos: los alborotadores, los vándalos, los antisistema, los violentos. Y el padre de todos los enemigos: el terrorista. Es una receta antigua, tanto como el ejercicio del poder: la evocación del peligro, del "otro" (la no persona, el no ciudadano, el no humano, la encarnación del mal), de lo que un miembro del cuerpo social no puede ser nunca. Seres con comportamientos irracionales y por definición negativos a los que se les puede oponer, se les opone, el modelo del buen ciudadano que actúa según las normas de la convivencia civil.

Todo este bagaje criminalizador ha legitimado la definición, exposición, aislamiento y eliminación selectiva de una serie de sujetos políticos, de formas de lucha y comportamientos de resistencia, elementos importantes del bagaje histórico de la lucha de clase, a los que se niega dignidad e incluso categoría política. Nuestras democracias no han escatimado medios represivos para desarraigar estas malas hierbas de un cuerpo social fundamentalmente sano, es decir obediente. Pero para ello, para mantener mínimamente viva la ficción democrática, para compatibilizarla, de cara a las opiniones públicas internas y externas, con el nunca renegado y a veces masivo recurso a la prisión, a la agresión física, la tortura o al asesinato, nuestros sistemas democráticos parlamentarios necesitaban una definición de lo que es bueno, propositi-

vo, de lo que sí se puede hacer -a pesar de no estar de acuerdo, a pesar de estar disconformes y hasta radicalmente disconformes.

Y este "LO" ha sido la NO-VIOLENCIA.

Obviamente interpretada con el mismo filtro que ya se utiliza habitualmente para otros conceptos: democracia, libertad, participación, derechos. Filtro que elimina con inexorable eficacia todos los contaminantes anti sistémicos que estas palabras y principios pudieran esconder.[15]

Ejemplos de secuelas de este nuevo dogma hemos visto muchos en los últimos años:

En el desalojo del rectorado de la UB, en Barcelona, durante las ocupaciones contra el plan Bolonia los antidisturbios zurran de lo lindo ante las cámaras un chico que tiene la evidente culpa de ser el más alto y cabelludo del grupo. Para cualquier ojo un poco avezado a las trifulcas es evidente que se trata de un muchacho inofensivo, un hippie, pero eso no es impedimento para los defensores del orden, más bien un estímulo. Al final el chico cae y se le echan encima para esposarlo y detenerlo. A su alrededor sus com-

15.- Rolando D'Alessandro: "El dogma de ls No-violencia", ed. Alkimia, Barcelona 2014. En Castellano, Editorial Descontrol, 2015.

pañeros le llaman angustiados... sin acercarse. Nadie mueve un dedo para impedir la agresión.

En Madrid, marcha por la dignidad. Unos antidisturbios apalean y detienen a un hombre. Un compañero -pantalones cortos, cierta edad, ningún aspecto de *black block*- intenta impedirlo. Le llenan de porrazos mientras todo alrededor decenas y decenas de personas, periodistas y manifestantes, toman fotos y vídeos. Nadie intenta interponerse.

Y podría seguir con ejemplos ilustrativo de cómo en realidad la ética de este sucedáneo de no violencia gandhiana que nos han impuesto e imponen, simplemente esconde la desaparición de comportamientos que cualquier sociedad considera o debería considerar valiosos: el coraje, el altruismo, la capacidad de arriesgarse y sacrificarse por una idea o por los demás.

Así como podría seguir deplorando el menosprecio colectivo imperante hacia normas de comportamiento que siempre han sido cohesionadoras sociales y características de los protagonistas de todo proceso revolucionario: modestia, coherencia ejemplar, rectitud, sentido de responsabilidad, compasión, respeto también por el adversario, empatía por el sufrimiento ajeno.

Las viejas democracias parlamentarias representativas habían robado la palabra a la gente, al pueblo. Con

la nueva política corremos el riesgo de que también se nos roben los silencios, así como el triunfo prepotente de la cultura de la imagen ya ha arrinconado las ausencias en la esfera de lo inexistente.[16]

16.- Me refiero a los silencios y a las ausencias en los espacios escogidos y organizados por el poder y que pueden llegar a tener una enorme y amenazadora carga expresiva.

Cortinas de humo

Es bastante frecuente, en los últimos años, que desde posiciones políticas muy dispares se alerte sobre la existencia en Cataluña de una cortina de humo que la burguesía catalana habría levantado con el objetivo de ocultar el conflicto social desencadenado por las políticas neoliberales. Paralelamente se ha despertado un sector social, mediático e intelectual que ha sacado del armario de los trastos toda la batería de recursos retóricos del catalanismo "quico" que se considera víctima tanto del fascismo centralista como del neo-lerrouxismo encarnado, según ellos, por todas aquellas fuerzas que no asuman la consigna de "primero la independencia y luego ya veremos". En definitiva, mientras por un lado (nuevos partidos y derecha de siempre) se invoca la necesaria solución de las problemáticas sociales como prioridad de la política, por la otra (sectores conservadores y socialdemócratas catalanistas y parte de la sociedad civil organizada) se reclama un proceso unitario hacia la independencia que deje de lado -de momento- las cuestiones sociales.

En esta coyuntura histórica unos y otros han tenido sin embargo mala suerte, ya que el escenario y la composición de los sujetos políticos que intervienen son bastante más complejos y la relación entre las dos

dimensiones -la nacional y la social- ha acabado desbordando cualquier parámetro simplificador, aunque los medios de comunicación insistan una y otra vez en el mensaje dicotómico de los dos frentes, encarnados obviamente por unos cuantos líderes políticos o de opinión.

Cada vez se hace más difícil, en efecto, obviar la existencia de corrientes, que fluyen por el cuerpo social y que afloran con fuerza en elecciones o manifestaciones inmensas, que ven en la rotura de la actual forma-estado[17] la apertura -de otro modo muy improbable- de caminos de cambio radical en el marco de referencia socioeconómico de la sociedad catalana y, de rebote, de la española.

Son corrientes que se inspiran en una voluntad difundida de radicalización democrática, aunque condicionada por cierto conformismo ideológico[18]. Sur-

17.- Y que estado: estamos hablando de el único de Europa occidental que ha mantenido una continuidad institucional con la dictadura iniciada en el 39.

18.- Me refiero por ejemplo al recorrido que va a llevar a la formulación de la pregunta para el referéndum, traspasado a consulta, que finalmente se celebrara el 9N del 2014. "Quieres un estado catalán, si o no". Si es que SI, quieres que sea independiente de España, si o no?" Los votos que contaban eran el SI-SI, el SI-NO y el NO-NO. No el NO -SI, que era la formula que mas se habría procedido en un país de tanta tradición libertaria y que se ha pasado media historia arreglandoselas sin y contra estructuras estatales de todo tipo.

gen propuestas que pretenden superar la propuesta de simple construcción de un nuevo pequeño estado, réplica de los homólogos europeos, por la vía institucional donde al pueblo le correspondería el papel de buey que arrastra el carro y al gobierno el de gran timonel. Propuestas que al mismo tiempo rechazan la igualmente improbable, rígida y limitada apuesta por una regeneración de las instituciones españolas.

Vivimos momentos clave. Con una sociedad que se está despertando de la anestesia y que muestra cada vez más capacidad de reacción, y ante un ataque sin precedentes que nos quiere volver a un status quo de inspiración medieval, es el momento de pensar salidas diferentes.

Partiendo del presupuesto de que todas las opresiones y formas de explotación que estamos sufriendo están relacionadas y necesitan una respuesta tan global como compleja.

"Pensar globalmente, actuar localmente", el eslogan que acompañaba las manifestaciones no global del cambio de milenio puede acabar teniendo una plasmación muy interesante en el contexto catalán, con un proceso de transferencia progresiva de poder de decisión y autogestión hacia los ámbitos territoriales más cercanos a la gente (municipios, distritos) proceso mucho más ambicioso que la mediocre aspiración

a un nuevo estado inspirado en realidades como Suiza, Andorra o similares, un proceso que implique a la hora desvinculación de España y de las imposiciones de los mercados, una oportunidad única de redefinir las reglas de la vida social, la distribución de la riqueza, el modelo económico, la gestión del suelo. Una oportunidad histórica para inventar nuevas formas de hacer política, refundada en base a la participación directa del pueblo, en oposición a la tradicional delegación parlamentaria ahora agotada y desprovista del contenido progresista que aún tenía en el siglo pasado.

Un proceso capaz de trascender el encotillamiento de la construcción de "nuevas estructuras de estado" abriría escenarios inéditos, donde perdería todo protagonismo y relevancia el interesado enfrentamiento que escenifican desde hace décadas las élites políticas españolas y catalanas. A la vez que abriría la posibilidad de esquivar con mucha más eficacia las telarañas de normas y acuerdos internacionales, tribunales, leyes que aseguran el actual *statu quo*.

En definitiva un proceso de independencia desde abajo, desde los municipios, las asambleas territoriales, el asociacionismo, un modelo que aprenda a beber como fuente de inspiración de experiencias alejadas y en situaciones extremas, pero justamente por eso de grandísima creatividad y potencia, como las del zapa-

tismo en Chiapas o del confederalismo democrático en el Kurdistán sirio. O de referencias históricas como el municipalismo libertario.

Un proceso radicalmente alternativo al machacado por las fanfarrias mediáticas que nos hablan día sí y día también de plebiscitarias, legalidad constitucional, consultas, estructuras de estado, sentencias del Tribunal Constitucional, sentencias del supremo, medidas recentralizadoras, amenazas variadas, acusaciones de expolio, del duelo de titanes entre presidentes que de titánico sólo tienen la tendencia a hundirse, un camino sin duda difícil pero desde luego no más utópico que el promovido por la actual clase política y por sus réplicas regeneracionistas. Y, por supuesto, mucho más digno y justo.

El hecho de que el electoralismo desenfrenado que se ha adueñado de amplios sectores de movimiento haya comenzado a manifestarse cuando ni siquiera habían pasado tres años de un ciclo de luchas caracterizado por el eslogan "nadie nos representa", no puede obviamente explicarse con sumarias acusaciones de oportunismo.

Ahora, en el mundo del activismo radical (del que, ay, me considero integrante), todo son críticas a los electoralistas, a los independentistas, a todos los -istas que no sean anarquistas, críticas que olvidan aquello tan simple de que, en política como en la materia, los vacíos tienden a llenarse. Y, como suele ocurrir, se termina por ignorar otras explicaciones, como la prolongada incapacidad de los movimientos de articular una propuesta y unas actuaciones alternativas al sistema, desde bases populares y territoriales (los barrios, los puestos de trabajo, los pueblos).

Quizás habría que empezar a reflexionar sobre por qué, a pesar de los esfuerzos y las fuerzas ingentes desplegadas, en tres años de protestas no se había logrado detener, ni siquiera contener, el tsunami neoliberal: empobrecimiento de sectores sociales cada vez

más amplios, precarización salvaje del trabajo, recorte en todos los aspectos del "estado del bienestar", más privatizaciones, drenaje de recursos y riquezas públicas por parte de las franjas más ricas de la sociedad. Incremento inaudito de las desigualdades, aparición de desnutrición infantil. Guerras.

Pocos movimientos habían alcanzado cierto grado de eficacia, como la PAH, fascinante ejemplo de capacidad de articular formatos de lucha diversos a partir de necesidades básicas. Y a la vez terreno donde el margen de maniobra de recuperación por parte del sistema es muy ancho, dada la escandalosa situación que impera en España, con una banca rapaz y una legislación pensada para servirla. Una situación que hace que el camino que debe recorrer un movimiento popular para alcanzar una situación "normal", en el derecho a la vivienda, sea largo y tortuoso y poco favorable al desarrollo de propuestas subversivas.

En este contexto el recurso de las urnas puede parecer honestamente una salida, sobre todo si es pensado en clave municipal, posibilidad de abrir nuevas grietas, aunque sea inspirándose arriesgadamente en el modelo "toma del palacio de invierno"[19].

19.- Episodio emblemático de la revolución Rusa, sirve para referirse al momento de inflexión en el que las fuerzas revolucionarias tumban el régimen preexistente.

Porque por el otro lado, el de los movimientos, no hay, hay que admitirlo (fuera de unas cuantas, tan interesantes como aisladas, reflexiones individuales o de pequeños sectores) una propuesta compartida y articulada que integre una lectura autónoma de la situación actual, un análisis de la composición de clase, de las relaciones de fuerzas entre los diversos actores, una hoja de ruta que ponga en común entre las diversas mareas y campañas tanto los objetivos a corto, medio y largo plazo, como las herramientas, los canales, los terrenos de lucha, las formas organizativas, los mecanismos que permitan alcanzarlos.

Básicamente atrapados en un activismo reactivo, nos limitamos en efecto a intentar detener la lluvia de ataques contra las pocas y precarias posiciones que habíamos alcanzado y considerábamos ya definitivamente adquiridas.

Del mismo modo que hay una falta de definición clara de lo que se pretende y se podrá hacer una vez en las instituciones (¿caballo de Troya o fuerza de gobierno? ¿transformista o rupturista? ¿rupturista cómo y con quién? Etc.) por parte de nuevas candidaturas y partidos, tenemos, en las movilizaciones sociales, un grave problema de cortoplacismo y también de indefinición de los interlocutores o del adversario.

Y así, en definitiva y muy a menudo, sucede que las manifestaciones, las marchas, las ocupaciones simbólicas, las iniciativas legislativas populares no acaben haciendo otra cosa que legitimar como interlocutores o, peor aún, como mediadoras, las instituciones.

Los movimientos, al igual que las nuevas candidaturas, centran demasiado a menudo sus discursos en la denuncia de la corrupción, en el reclamo de una legalidad idealmente entendida como defensa de los débiles contra los poderosos, en la necesidad de "frenar", "limitar" la naturaleza depredadora y voraz del capital. Como si las leyes de la economía capitalista fueran condicionadas o condicionables por consideraciones éticas o morales.

Las mareas, imponente y digna respuesta a los ataques de gobiernos y patronales a la sanidad y educación públicas y a la cultura, no cuajan a la hora de erigirse en alternativas, profundizando en la crítica y en la determinación de una idea propia y popular de salud, educación y cultura.

El actual sistema sanitario, en efecto, ciertamente universal y gratuito, se basa en una concepción de la medicina que nos expropia del control de nuestros cuerpos. En la erradicación de prácticas de cuidado ancestrales, de una visión más holística y compleja de la salud, entendida no sólo como ausencia de enfer-

medad. No hay que olvidar tampoco que del actual sistema ya se nutre el capital privado, con la industria farmacéutica que empuja a la medicalización de cada vez más manifestaciones de vida, o la apropiación por parte del capital, vía patentes, de los conocimientos de otros pueblos e incluso de formas de vida vegetales y animales.

Así como no hay que olvidar qué representa la escuela en una sociedad, con sus funciones de preparadora y conformadora de mentes y comportamientos. O el papel de las universidades, que ya desde hace tiempo someten sus líneas de investigación al logro de objetivos enmarcados en los parámetros ideológicos dominantes, cuando no directamente a los intereses de las grandes industrias.

Y en cuanto a la cultura necesitamos más que nunca reflexionar colectivamente sobre la capacidad monstruosa que ha desarrollado el sistema de recuperación, resignificación, y finalmente explotación de casi de todas las manifestaciones de creatividad individual y colectiva. Algo de infinitamente más grave que una subida brutal del IVA sobre los espectáculos teatrales.

La misma ausencia de radicalidad que aflige estas reacciones sectoriales a la ola neoliberal se puede detectar en la práctica totalidad de movilizaciones y protestas, como las campañas contra la pobreza ener-

gética, contra la exclusión social, contra el racismo institucional de las políticas de inmigración.

En todos estos ámbitos los planteamientos de defensa de derechos no acaba de madurar en la formulación de propuestas rompedoras, basadas en las ideas de cambio de modelo económico, de imposición radical de la propia autonomía organizativa.

No son aspectos menores las incongruencias individuales y colectivas que lastran estos movimientos, tales como promover soluciones individualizadas (y a menudo nada sostenibles)[20] o que vuelven a delegar en el estado la suavización de los efectos más brutales de la reestructuración capitalista (como por ejemplo las propuestas, que dejan intactos el mecanismo de apropiación de la riqueza colectiva por parte de multinacionales y grandes empresas, de hacer pagar a las administraciones las facturas de luz y servicios de las víctimas de cortes de suministro, o de distribución de cheques para alimentos a las familias más empobrecidas).

Y podríamos continuar, con luchas de fuerte componente radical que pero no encuentran encaje con la dimensión general de agitación social, como las resis-

20.- Militantes antielectricas que pinchan la luz de la casa y tienen consumos equivalentes al de centenares de familias africanas.

tencias de Gamonal y Can Vies o las diversas batallas laborales o de migrantes[21].

O con la galaxia de iniciativas encaminadas a construir espacios de autogestión, con cooperativas de todo tipo, medios de comunicación libres, comunas rurales, colectivos de apoyo mutuo, monedas sociales y un larguísimo etcétera.

Es como si la gente, cuando se organiza para luchar, no creyera en sus fuerzas y capacidades de auto representación e, incluso cuando de manera explícita rechaza el principio de la delegación, en la práctica rara vez crea o aspira a crear organización propia con el fin de ejercer contrapoder y autogestión reales. Es cierto que los principales esfuerzos del sistema van dirigidos precisamente a impedir la concreción de este tipo de estrategia. Basta mirar su eficacia en instilar en nuestro pensamiento la idea de que no vivimos en un régimen autoritario. Idea que nos lleva a menudo a infravalorar uno de los ejes básicos del proyecto de reestructuración capitalista: la represión.

Error de análisis que nos lleva a hacer manifestaciones para quejarnos de que no nos dejan manifestar: en cada ocasión una nube de esbirros lleva a pasear a los

21.- Una excepción, en parte, es el ciclo iniciado hace unos años, inspirado en la nueva cultura del agua, portadora de replanteamientos profundos de los usos de este recurso.

manifestantes como un rebaño, los identifica, los multa, y cuando le da la gana los carga. Es evidente que hoy derechos como el de reunión y manifestación, así como el de huelga o de expresión, se han convertido en entelequias, actos que se permiten sólo en la medida en que no molestan a nadie, es decir, si no sirven para nada. Y paradójicamente nosotros nos empeñamos en hacer ver, con nuestra actitud, que siguen existiendo y que deben defenderse, en lugar de empezar a actuar de manera adecuada al contexto real. Que no es otro que una nueva forma de dictadura donde estos derechos ya hace tiempo que han desaparecido[22].

Otro problema es que seguimos instalados en la idea, también instilada a lo largo de décadas de presunta democracia, que las organizaciones de la sociedad civil tienen y deben cumplir el papel de estímulo, de apuntador, de avalador del trabajo de partidos y administraciones, no de protagonistas.

Todos los cambios intervenidos en la sociedad con la irrupción de las nuevas tecnologías y las transformaciones productivas y sociológicas parece que sólo hayan servido para proponer integraciones tecnológicas del mismo concepto (*e-democracy*).

22.- Tomamos el de la huelga, herramienta de lucha por excelencia de los trabajadores, limitado y encogido por la imposición de la practica de los "servicios mínimos" y la criminalización y persecución de los piquetes y de toda serie de condicionamientos legales y administrativos.

Cierto que, por otra parte, se han conseguido muchas cosas hasta ahora en el terreno de las ideas, de la apertura de espacios de debate social, la creación de un nuevo tejido organizativo y relacional.

Se ha trabajado mucho y los resultados se notan en el campo de la "sensibilización": mucha gente simpatiza con los movimientos anticapitalistas y cada vez más gente identifica correctamente los responsables del actual desbarajuste socioeconómico-ecológico planetario.

También en cuanto a la tarea propositiva hemos avanzado como movimientos, aunque la principal conclusión, más valiente e innovadora es que no tenemos LA solución, ni siquiera LAS soluciones: ante un mundo complejo y diverso nuestra "receta" consiste simplemente en la búsqueda de caminos comunes que desde el respeto, la solidaridad y algunas grandes ideas compartidas (justicia, libertad, solidaridad) permitan encontrar una multitud de soluciones a nuevas y viejas injusticias. Dicho de otro modo: a diferencia de los profetas neoliberales y los viejos (y nuevos) "liberadores de pueblos", gran parte del activismo social ya no pretende aplicar fórmulas únicas y mágicas, válidas para todos los problemas (fórmulas que tienen la engorrosa tendencia a generar clases de iluminados y fanáticos).

Donde no hemos avanzado mucho es en el terreno de los medios. Ni a nivel práctico ni teórico.

¿Hay que demostrar al mundo que somos buenos y cargados de razón, dispuestos a sacrificarnos, a hacer ayunos, a dejar que nos peguen, nos insulten, nos multen, se rían de nosotros? ¿Hay que convencer a los poderosos de que están equivocados y que deben cambiar porqué lo que hacen no está bien? ¿Convencer a todos de nuestras razones para que el pueblo entero -bien convencido- haga finalmente no se-se-sabe-muy-bien-que (con el peligro de que llegado el momento el "pueblo" demuestre poca delicadeza, como ocurrió en Francia en 1789)?

Personalmente, detrás de ambas posiciones - las electoralistas y las movimentista ejemplarizantes -, veo muchos más puntos en común que diferencias: son testimoniales, didácticas y fuerza repelentes. Y obvian sistemáticamente el núcleo central de cualquier lucha. Núcleo que no se ha escapado nunca los *gandhis* y *lenines*, a *malcoms x* y *martins luther kings*: el de las relaciones de fuerza. O de poder.

No niego que sea necesaria la implicación de un mayor número de personas en un proceso de transformación de la sociedad, niego que la palabra evangelizadora o el gesto alocado de la vanguardia radical sean la manera más adecuada para conseguirlo.

No es ningún asunto baladí: hoy en día el problema no es exactamente convencer a la gente que vivimos en un mundo injusto y controlado por unos egoístas irresponsables, porque la gente eso ya lo sabe. Y ni siquiera que hay alternativas posibles: la gente se lo imagina. El gran problema es COMO pasar de un mundo injusto e insostenible al otro mundo posible.

Si no buscamos una respuesta práctica a este COMO nos seguiremos estrellando contra la pared del fatalismo: está todo fatal y no hay nada que hacer porque son demasiado fuertes, demasiado poderosos o nosotros demasiado débiles o demasiado imbéciles o...

La gente también necesitamos metas reales para motivarnos. Necesitamos saber que lo que hacemos sirve para algo. No es casualidad que las campañas de solidaridad caritativas tengan tanto éxito, y no sólo como herencia de una cultura cristiana, sino simplemente porque en general pensamos que es mejor un plato de arroz hoy, que una revolución planetaria la generación que viene. Y es por esta misma razón que hay gente que tira piedras: más vale un vidrio de Mc Donald's roto hoy que un tribunal condenando dentro de cien años los directivos de la empresa por violación de los derechos laborales, de la naturaleza y de la gastronomía.

Ni el plato de arroz ni la pedrada ayudan mucho -más bien a menudo prolongan agonías y crean más problemas-, pero en lugar de censurar la gente que actúa de esta manera podríamos buscar vías que permitan realizar su deseo legítimo de "ver resultados". Y tenemos a disposición herramientas para hacerlo, herramientas que forman parte de nuestra cultura revolucionaria y que pueden acoplarse a las nuevas.

Pero para conseguirlo deberíamos abandonar viejos vicios...

Todo para el pobre pero sin el pobre

Una actitud común y transversal a todos los sectores que aspiran a erigirse en vanguardias del pueblo, tanto vía urnas y medios de comunicación como vía barricada, es la olímpica indiferencia con que abordan la realidad de la auto organización social. Sí, porque, ¡oh sorpresa!, la sociedad que hay que rescatar, educar, guiar y liberar ya tiene unas formas y estructuras organizativas propias, generadas por ella misma.

Eso sí: todos, desde el alcalde convergente al redactor de la Directa, gustan recordar que Barcelona tiene un rico tejido asociativo, con más de 3000 entidades registradas y quién sabe cuántas de informales. Pero mencionan el dato como una peculiaridad sociológica que, en un caso, sirve para mantener en vida tradiciones que son un buen reclamo turístico, y en el otro para recordar el antiguo espíritu libertario de la vieja "Rosa de Foc".

No conozco a nadie, entre los numerosos intelectuales orgánicos, activistas, pensadores y teóricos de las viejas y nuevas izquierdas o de las ni-izquierdas-ni-de-derechas, que haya planteado la necesidad de articular cualquier propuesta de cambio, más o menos radical,

a partir de un reconocimiento político y práctico de esta realidad.

Y sin embargo lo lógico sería que cualquier discurso de empoderamiento social, tanto si se trata de participación entendida como formalidad, como de experiencias de democracia directa, debería tener muy en cuenta esta situación de partida.

Si lo hiciéramos tal vez descubriríamos que todo es más sencillo de lo que parece: basta dejar de buscar las respuestas en el acierto político de algunos salva-patrias o en la sabiduría de nuevos comités centrales, e ir a revolver en el baúl de nuestra misma historia y de nuestras prácticas colectivas.

Aprendamos a abrir bien ojos y oídos para escuchar y observar la sociedad que pretendemos salvar.

Que, en nuestro caso, es nada menos que un cuerpo complejo que desconfía históricamente del Estado, amo y señor, y que prácticamente desde siempre se las ha tenido que ingeniar para resolver todos y cada uno de los problemas que caracterizan la vida colectiva. Creo que son muy pocos los países de Europa donde la gente tenga una tendencia tan pronunciada a asociarse para resolver todo tipo de cuestiones (educación, sanidad, gestión del territorio, funerarias, mutuas) o llevar a cabo todo tipo de actividades, des-

de danzas tradicionales a las corales, desde el excursionismo a pie o en bicicleta a los deportes de todo tipo, desde las actividades heredadas de la cultura de los padres, como los *castells*, *diables*, *trabucaires*, grupos de danza, *balls de bastons*, gigantes, etc., hasta fiestas de potencia telúrica como la Patum .... El cooperativismo se extiende por todos los ámbitos de la economía, hay monedas sociales, finanzas éticas, experiencias educativas libertarias, centros sociales gestionados por la gente de los barrios. Están el antimilitarismo, las universidades libres. Y también coordinadoras antifascistas, feministas, anti-patriarcales. Organizaciones de solidaridad internacionalista con todos los pueblos oprimidos del mundo. El ecologismo, desde las campañas contra el fracking o la energía nuclear hasta la proliferación de huertos urbanos. Luchas contra la represión, por la recuperación de la memoria histórica o por la reapropiación de la ciudad como ámbito de vida social y no como espacio mercantilizado. Experiencias de comunicación alternativa. Bancos del tiempo. Comedores sociales. El *slow food*. Pueblos en transición y el decrecimiento. ONG para el desarrollo, innumerables campañas contra las guerras. El referéndum popular para la abolición de la deuda externa. Los grupos de apoyo a zapatistas, saharianos o palestinos. Los europeístas contrarios a la Europa del capital. Las asambleas de indignados y las huelgas generales. La Plataforma de Afectados por

la Hipoteca. El juicio popular y continuo a la banca y el sistema financiero.

Son las formas que nuestra sociedad, aquí y ahora, tiene para participar en la definición del marco de vida colectiva. A menudo, más bien casi siempre, son manifestaciones carentes -más que de una visión de conjunto- de capacidad de articularse entre sí en un proyecto de gobierno desde abajo. Pero ¿quien dice que no dispongan del potencial que les permitiría para alcanzar este estadio?

Enfocar la atención en las formas de auto organización de las que se ha dotado la sociedad (con todas sus limitaciones y condicionantes, por supuesto) nos ahorraría en gran parte el trabajo de buscar a diestro y siniestro sujetos que configuren nuevas asambleas populares constituyentes: tendríamos suficiente con la creación de espacios donde las organizaciones o espacios organizados actuales, formales o informales, puedan ejercer como sujetos políticos activos.

En Cataluña, la tradición del construir estructuras sociales en paralelo, eludiendo o ignorando el enfrentamiento con las oficiales, ha sido y es un recurso poderoso, debilitado pero no eliminado, por la aparición de instituciones “nuestras” en el posfranquismo.

Sin duda es legítimo pensar que en una sociedad tan sofisticada como la actual todo esto ya no sea suficiente. Pero no perderíamos nada por intentarlo.

El diseño compartido de una nueva estrategia revolucionaria, podría empezar por un simple "censo" del archipiélago de organizaciones sociales, acompañado por una tarea de "identificación de buenas prácticas". Es decir de todas aquellas soluciones, prácticas y teóricas, que la inteligencia colectiva ha producido a lo largo de décadas, con una serie de ejemplos de autogestión, de apoyo mutuo, de auto organización, de gestión comunitaria de espacios[23].

Y no sólo por un planteamiento ideológico, sino por simple sentido común y eficacia: hoy el conocimiento ya no se concentra en la figura de los asesores o en círculos académicos, sino que se halla difuso en el cuerpo social, cristalizándose en multitud de experiencias. Es la sociedad la que tiene la respuesta para todos y cada uno, prácticamente, de los retos que se nos plantean en la actualidad. La sostenibilidad ecológica de

23.- Por mucho que nos digan que el dinero y las leyes de mercado ocupan cada instante de nuestras existencias la verdad es que como individuos y grupos (familiares, vecinales, de afinidad, de intereses) dedicamos la mayoría de nuestras energías a actividades que salen de los esquemas y reglas de la oferta y la demanda, que no se monetizan. Apoyo mutuo, autogestión, creación colaborativa, etc. Y también a las imponentes demostraciones de capacidad logística con las macro manifestaciones por la independencia o contra la guerra.

una ciudad, la salud, la educación en el manejo de las nuevas tecnologías, el urbanismo, la economía (entendida como satisfacción de las necesidades de la gente), la cooperación internacional, el apoyo a personas marginadas, son miles las expertas que día a día elaboran proyectos, propuestas y resuelven situaciones.

Y, un elemento más, a menudo obviado pero de importancia capital: es en la sociedad donde reside la capacidad de forzar las barreras legales o los mil obstáculos que el sistema opone a cualquier cambio que cuestione su continuidad. Un pequeño ejemplo: pongamos que un ayuntamiento, o una comunidad autónoma apueste, hoy en día, por la gratuidad universal de algunos servicios esenciales como el acceso a Internet. De inmediato intervendrían autoridades estatales o supranacionales que, con el apoyo de tribunales y en nombre de la libre competencia, y bajo la amenaza de multas u otras sanciones, abortarían el intento.

Mucho más complicada sería la labor de los defensores de las privatizaciones si la protagonista de la iniciativa fuera una red difusa de ciudadanía que gestionara, vía producción o vía reapropiación, la prestación de estos servicios.

Tenemos organización, conocimientos y fuerza, falta, para dotar de potencia rupturista esta realidad, subir un par de peldaños más.

Uno es la conciencia de la necesidad de una fase destituyente que, mediante la desobediencia, el sabotaje, el boicot y en general la desafección hacia los postulados y valores hegemónicos, permita conseguir, más allá de la dimensión simbólica, un bloqueo del sistema, al menos en sus mecanismos más nocivos: drenaje de recursos por parte del capital, represión, destrucción ambiental y control de los espacios de comunicación.

En el otro, la fase constituyente, se manifestaría la voluntad explícita de coordinación y apoderamiento del entramado de auto organización social. Siguiendo una tendencia que ya hace tiempo se está imponiendo de forma espontánea en nuestras sociedades: una modificación sustancial del concepto de organización que cada vez más se identifica con la forma red, con la dimensión comunicativa.

La red por definición es horizontal, interconectada de manera no jerárquica, no requiere mediación. Por sí misma no es, como no lo era la forma partido, la respuesta a las exigencias de reapropiación colectiva del poder de decisión, pero sí que se presta, más que las formas organizativas tradicionales, a la consecución de unos objetivos de democracia directa.

El trabajo político del mundo antagonista hoy debería por tanto consistir en promover la necesaria formación y entrenamiento en el terreno de la comuni-

cación, entendida globalmente como frecuentación, conocimiento y manejo compartido de las ágoras comunes, sean espacios físicos o medios de comunicación de masas.

En primer lugar, por coherencia con los planteamientos de devolución (gradual, ya que es necesaria una fase de reeducación, de cambio cultural enfocado a la autogestión como base de una nueva cultura política) de todo el poder al pueblo, y en segundo lugar porque una fragmentación de los espacios de ejercicio de la autodeterminación dificulta la respuesta del estado o la adopción de una estrategia concreta de neutralización de las luchas.

Un proyecto político realmente ambicioso hoy implica "ser una parte" de la sociedad crítica de la ciudad. Significa mirar, escuchar a la sociedad, identificar las "mejores prácticas", construir a partir de ellas, colectivamente, una estrategia/programa político que hay que someter a debate, a discusión en cada momento. Aportar nuestras propuestas y conocimientos, nuestras capacidades, interactuando dialécticamente con los diversos grupos y sectores sociales. Abandonando la práctica habitual de la instrumentalización que a veces nos lleva a dirigirnos a las asociaciones vecinales, a las entidades del barrio sólo para pedirles solidaridad cuando tenemos algún problema, o para pedirles colaboración cuando tenemos que redactar

programas electorales. Nunca, en general, a considerarlas expresiones reales de auto organización social, potencialmente depositarias del derecho a intervenir en la gestión de lo público con voz y voto. Demasiado a menudo, cuando hablamos de sociedad, nos referimos a una masa indistinta de individualidades que ocasionalmente se agrega, pero que debe ser gestionada y dirigida por organismos separados, sean partidos clásicos, candidaturas que salen de alianzas entre partidos, o vanguardias revolucionarias diversas.

Apostar por un cambio realmente radical hoy también significa redescubrir formas organizativas tradicionales del cuerpo social que se adecuan con naturalidad a las estructuras en red.

Lucha

Es hora también de rescatar palabras y conceptos usados, abusados y a menudo secuestrados: como radicalismo -que significa ir a la raíz-, deber de subversión -actitud necesaria en cualquier acto de creatividad-, revolución -cambio profundo de modelo social y ruptura del *statu quo*-. Y finalmente lucha. Palabra bajo permanente sospecha y censurada, criminalizado cuando lleva aparejado el adjetivo "armada", pero indispensable para describir cualquier proceso dirigido a hacer tambalear el *statu quo*.

En un mundo dividido entre dominados y dominadores los cambios llegan sólo cuando hay modificación en las relaciones de fuerza. La protesta, la denuncia, la queja son fases previas, necesarias pero insuficientes en la resolución del conflicto que siempre surge cuando alguien decide no aceptar la opresión, la explotación o la represión.

Las relaciones de fuerza se modifican únicamente con la lucha. Entendida en el sentido más estricto, de contienda donde te enfrentas con un enemigo que te quiere derrotar y que tú quieres vencer. Hay por tanto que estudiar al enemigo, que es multiforme, hecho de estructuras, convicciones, personas, mecanismos y

sectores sociales, hasta localizar sus puntos débiles y vitales. Hay que comprender a fondo la naturaleza del enemigo en un combate.

Así como hay que aprender a utilizar con eficacia las fuerzas y características propias. Entrenarlas y aumentarlas. Empezando por la aptitud psicológica a un enfrentamiento que tiene para los dos bandos el mismo objetivo: preservar al máximo la propia integridad infligiendo el máximo daño posible al adversario para debilitarlo.

Ahora bien, no podemos caer en la trampa de creer que la fuerza del adversario nace de la adhesión de las mayorías o del miedo (error, hijo de la rendición al cuento de la democracia representativa, que lleva a pensar que si sacamos mayorías o hacemos perder el miedo a la gente ya tenemos la partida ganada). Su fuerza es militar, es ideológica, es económica y "sistémica", es decir basada en la existencia de una serie de grandes y pequeños mecanismos y dinámicas, que se producen y reproducen en diferentes niveles y con diversas intensidades.

En otras palabras: el sistema es fuerte porque funciona. Funciona, claro está, para mantenerse a si mismo, creando ideología, convicciones, emociones, ataduras, temores, esperanzas, deseos. El poder no es una losa que tenemos encima, ni un ejército que tenemos

delante, es un engranaje. Y una buena manera de luchar contra los engranajes es trabarlos.

Es buena norma, en un lucha, intentar llevar el contrincante a un terreno que sea más favorable para ti y, si no puedes, intentar eludir el combate o no desgastarse demasiado. Aplicado a lo que nos ocupa, unos terrenos que no nos son nada favorables son el institucional y el judicial, donde en cambio en la actualidad estamos vertiendo casi todos los esfuerzos.

Hay que conocer bien, estudiar a fondo las tácticas del enemigo e intentar ocultar las propias. En esto la dispersión y la diversidad pueden ser una gran arma, siempre que aprendamos a usarlas como tales, sin verlas como una limitación.

¿Cuántas veces hemos oído letanías lloronas sobre la falta de unión de las izquierdas, sobre divisiones que refuerzan el enemigo? Y sin embargo todas las grandes movilizaciones que han marcado las últimas décadas, desde la antiglobalización al 15-M, han puesto de manifiesto el potencial inmenso que hay en el reconocimiento explícito de las diferencias como elemento natural y positivo de unas luchas.

Las grandes concentraciones de cambio de siglo y de milenio alrededor de las cumbres de poderosos escenificaron bastante bien esta nueva manera de inter-

pretar el concepto de alianzas: desde los cristianos a los black bloc, desde los sindicalistas a las feministas, desde los campesinos franceses y colombianos a los ecologistas, todo el mundo tenía su lugar, con sus objetivos y sus formas de actuación, en el asalto a las reuniones blindadas del capital internacional. En Génova el estado italiano se encargó de acabar con aquella experiencia con una exhibición de brutalidad indiscriminada, llegando a matar, torturar, secuestrar.

Es la manera que tienen los poderes de atajar los conflictos cuando se convierten en peligrosos. Tal vez fue una ingenuidad de aquel movimiento no preverlo. Pero este es otro problema: nosotros, los pueblos, somos ingenuos y buena gente... y tenemos tendencia a olvidar que estamos metidos en una guerra. Una guerra que no hemos declarado y que nadie nos ha declarado, que es de intensidad variable, según las latitudes y los momentos. Que ni siquiera recibe el nombre de guerra. Pero que lo es porque esconde dosis inauditas de violencias y destrucciones, porque tiene como objetivo la derrota de unos y la victoria de otros.

Tenemos que volver a pensar en términos de lucha, como siempre se ha hecho en los movimientos revolucionarios. Lucha de clase era un concepto esclarecedor y perfectamente adecuado a la realidad de nuestro mundo, no entiendo como hemos podido abandonarlo con tanta facilidad.

Nos ayudaría a resituarnos, a abandonar las actitudes apostólico-publicitarias que marcan gran parte de nuestro activismo. En una guerra no estás para hacer exhibiciones, ni para lucir armas, ni para hacerte el mártir, ni tampoco tiene mucho sentido quejarse todo el rato de la violencia del contrincante. Estás para atacar, defenderte, retirarte, buscando la máxima eficiencia y ahorro de fuerzas.

Exactamente lo contrario de la filosofía que inspira la casi totalidad de nuestros movimientos en la actualidad: todas y cada una de nuestras actuaciones deben costar sudor y lágrimas, implicar esfuerzos, inversión de tiempo, de dinero, de energías mentales y físicas, deben implicar exposición, aunque sea vía multas, a la represión, al estrés. Y todo ello separado del objetivo, del resultado que se busca. Es más, en general el objetivo no pasa de ser la acción misma: la manifestación, la concentración, la recogida de firmas, la ILP, el medio comunitario, el centro social, la campaña de denuncia, ahora las elecciones. Plantear una iniciativa que tenga el objetivo de entorpecer los mecanismos y las dinámicas de producción económica o de control social con el mínimo esfuerzo y riesgo posibles se considera una rebaja inadmisible de este principio de expiación preventiva que al parecer ha de inspirar los actos de todo buen militante o activista.

Un ejemplo entre muchos: como respuesta a la táctica policial de identificaciones masivas, antes y después de las manifestaciones, un colectivo propone una iniciativa muy sencilla: hacer una llamada para que la gente se "olvide" la documentación en casa antes de ir a una concentración. La ley en esta democracia de pacotilla te obliga a enseñar tu DNI a cualquier policía que te lo pida, pero aún no están penalizadas la distracción o la amnesia. Individualmente por lo tanto no te arriesgas a acusaciones de desobediencia (o por lo menos te puedes defender) y colectivamente en cambio revientas la táctica policial, ya que las identificaciones plantearían graves problemas logísticos (pueden llevarse a comisaría unas decenas de personas con el fin de identificarlas, pero no miles). De hecho en la primera concentración pública convocada bajo esta consigna los mossos de escuadra no pidieron la documentación a nadie. Es decir fue una acción eficaz... Que no tuvo continuidad, ya que para unos y otros le faltaba el componente necesario de "compromiso" o de "mensaje".

ILP contra las nucleares, campaña contra el tráfico de armas ligeras, campañas contra la pobreza energética, contra la ley mordaza, contra las pistolas Taser...

Son muchas las movilizaciones que tienen como principio fundamental la ley innatural del máximo esfuerzo y del mínimo resultado.

Y no se escapan de esta desgraciada tendencia muchos de los partidarios de la acción directa, que bien mirado tampoco suele serlo mucho (directa), sino más bien propaganda que busca ejemplaridad, expresión de la rabia, difusión mediática y espectacularizada de un mensaje[24]. Siempre, eso sí, procurando forzar o facilitar detenciones, denuncias, identificaciones que dan lugar a su vez a interminables campañas antirepresivas, con búsqueda desesperada de dinero, abogados, manifestaciones para exigir la libertad de, recogida de firmas para pedir el indulto para, cafetas, charlas, concentraciones, manifestaciones, acciones en solidaridad con.

Emblemático es el caso de la pobreza energética, simple consecuencia de la apropiación de un servicio y de infraestructuras públicas por parte de empresas rapaces que hacen pagar precios abusivos, con el noble objetivo de repartir el máximo de dividendos posibles entre bancos y fondos buitres accionistas y escandalosas retribuciones a sus cómplices políticos (González y Aznar entre muchos otros).

El objetivo para un movimiento revolucionario o de radicalización democrática -lo que más guste- debería ser la socialización de las infraestructuras de produc-

24.-No es lo mismo quemar un contenedor para hacer una barricada o para crear un escenario con humos y llamas.

ción y distribución de gas, electricidad (además del agua). Y no lo es, ya que todo lo que sale del magma movimientista son planteamientos de los tipos que podríamos llamar "reserva india" (me monto mi chiringuito cooperativa de operación y producción de electricidad y si tengo suerte llego a cubrir el 7% del mercado), "te lo arreglo desde arriba" (gano las elecciones y expropiaré las compañías... o si no me dejan les pongo las condiciones que queremos, y si no me dejan voy a los tribunales), "me las arreglo desde abajo" (pincho la luz, obviamente a escondidas, porque tengo un colega que sabe y consumo a todo trapo pasando en estéreo del calentamiento global, de picos de petróleo y de otras bagatelas) o "pido que me lo arreglen" (monto una plataforma y protesto pidiendo que las administraciones paguen la factura de las familias necesitadas).

Planteamientos que son consecuencia inexorable de una asombrosa obstinación en querer continuar pensando soluciones sin salir del marco que origina los problemas, es decir el sistema socio-político-económico capitalista.

En otras épocas y lugares este terreno (de la cobertura de necesidades básicas) recibía por parte de las izquierdas bien otra atención política. Las batallas que se llevaban a cabo tenían objetivos ambiciosos: atacar la acumulación de beneficios de las empresas, repar-

tir la riqueza, ejercer control popular sobre recursos estratégicos. Y las formas de lucha se adecuaban a los objetivos: las autorreducciones, es decir la definición por parte de la gente del "precio justo" de la electricidad, la telefonía o el transporte, con la negativa masiva a pagar los recibos, la resistencia a la represión (con piquetes y concentraciones que echaban inspectores y técnicos enviados por las empresas), la solidaridad y el apoyo mutuo (equipos de electricistas restablecían los suministros a las víctimas de cortes), hasta las represalias contra responsables de agresiones especialmente odiosas, fueron durante años una réplica efectiva de amplios sectores sociales a los intentos de hacernos pagar en exclusiva los costes de las sucesivas crisis.

Es sorprendente que a ninguna organización social, ni las más escoradas hacia la izquierda del espectro político, le venga a la cabeza que la única manera de perturbar drásticamente la actual situación de oligopolio en campos estratégicos de la economía y de nuestras vidas colectivas, es intentar cortar el flujo de esta ininterrumpida transfusión de riquezas y recursos hacia las venas insaciables de multinacionales.

Guerrilla

Desde siempre en los conflictos, cuando uno de los bandos muestra una evidente superioridad en medios y tropas, el adversario con menos recursos ha usado la guerrilla. En lugar de grandes batallas campales, ya sean electorales o laborales, escaramuzas, emboscadas, ataques a la retaguardia. En lugar de la muerte del mayor número de enemigos, el debilitamiento de sus líneas de aprovisionamiento. En lugar de asaltos heroicos, destrucción de sus infraestructuras.

Se trata de desgastar el ejército ocupante, obligándole a perseguir fantasmas, a consumir fuerzas en persecuciones infructuosas o en el control de un territorio que debe sentir hostil. De esquivar sus golpes para desequilibrarlo. Huir, desaparecer y volver a aparecer donde menos se lo espera.

La táctica de guerrilla encaja a la perfección con la naturaleza de nuestros movimientos: líquidos, sin direcciones centralizadas ni cabezas visibles, pueden hostigar al adversario en cualquier lugar o momento, sabotear las comunicaciones del sistema, inquietar y debilitar la lealtad de sus defensores.

Pueden emplearse todo tipo de armas: la presión en la calle, la presencia en las instituciones, la desobediencia civil, el boicot, el sabotaje... para lograr todo tipo de objetivos. Recuperar parte del botín que el enemigo ha ido acumulando, desmoralizar sus tropas, reducir las complicidades con que cuenta en el territorio, infligirle pérdidas tales que le obliguen a retirarse de los territorios conquistados.

Muy muy recomendable es la entrada que a este concepto dedicó la Enciclopedia Británica en 1929 y que fue redactada por T. E. Lawrence (de Arabia). Especialmente relevantes son las páginas dedicadas al guerrillero, sus motivaciones, su manera de relacionarse con la lucha y los otros combatientes.

Conclusiones

En el paso de la protesta a la lucha que necesariamente deberá darse en la práctica movimientista, jugará un rol fundamental la variedad. Sectores desobedientes e indignados, sindicatos resistentes, plataformas transformadoras, áreas informales, organizaciones estructuradas e incluso algunas de las nuevas candidaturas que han emprendido la larga marcha a través de las instituciones, pueden configurar un auténtico frente amplio, de simetrías variables, magmático y poderoso. A condición, siempre, de renunciar a la pretensión de representación única o principal del conjunto y de asumir la lógica de enfrentamiento entre clases.

Aprovechemos grietas y apoyemos a la gente de movimiento que dentro de candidaturas confeccionadas no desde abajo, desde los movimientos, sino en reuniones entre jefes de partidos y partidillos, tendrá que lidiar con estructuras e inercias típicas de la política tradicional. Conquistemos y consolidemos espacios, físicos y de autogestión. Abramos espacios de debate político sobre estrategias, sobre objetivos, sobre la naturaleza de las instituciones, del estado, de los numerosos poderes fácticos, ideológicos, culturales que configuran el sistema que queremos derribar.

Y esforcémonos por no dar nunca por supuesto el marco de actuación y de reflexión política que nos viene impuesto por el sistema. Hoy quizás más que nunca, y aquí quizás más que en ningún otro lugar de Europa, tenemos la oportunidad de construir un movimiento que, superando el marco reductivista de los enfoques independentista-estatalista, social-reformista y regeneracionista, vaya hacia la afirmación de una radical autonomía en la gestión de los procesos de transformación social.

Índice

Prólogo 5
Malos tiempos para la... 9
De la revolución a... 11
Cada maestrillo con su librillo 13
A rio revuelto ganancia de pescadores..... 17
Las elecciones..... 21
Reformismo y regeneracionismo 23
Protagonistas 33
Liderazgos..... 37
Participación 43
Programas..... 47
"Esto no toca" 55
Democracia 59
Federalismo..... 63
La gente que sufre 69
Valores..... 71
Honestidad como significado vacío 73
Islamofilia 79

...Política de las necesidades 83
La “no violencia” 89
Cortinas de humo..... 97
Los otros..... 103
Todo para el pobre pero sin el pobre..... 115
Lucha..... 125
Guerrilla 135
Conclusiones..... 137

Este libro se acabó de encuadernar en Barcelona con la Boway en abril de 2019 en los talleres de Descontrol Editorial & Impremta antes de que llegara la Horizon

Can Batlló

ebook volant
impremta manent